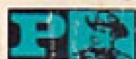
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

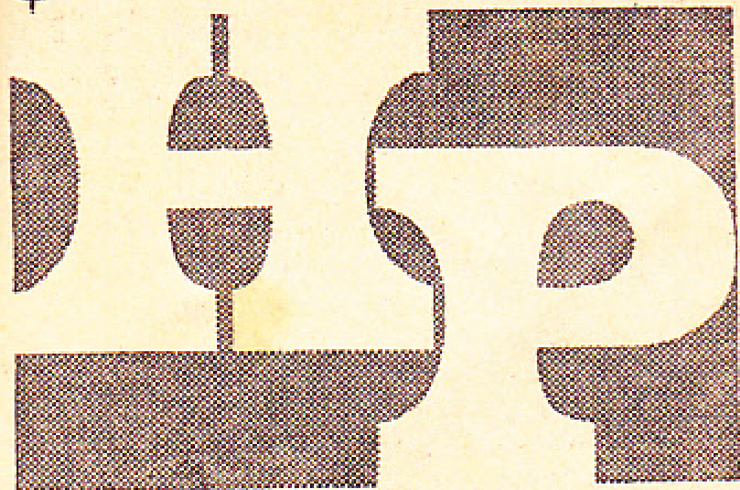
Silver Kane

LA REINA DE LOS MUERTOS

HP
97

Silver Kane
LA REINA DE LOS MUETOS







Héroes de la PRADERA

Silver Kane
LA REINA DE LOS MUERTOS

Colección

HEROES DE LA PRADERA n.° 97 Publicación semanal Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 35.745 -1971

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: noviembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.244 — Una noche con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.096 — Avernus.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738 — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO:

934 — La venganza de Dale Temple.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515 — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

493 — La muerte llegó del cielo.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

95 — Más allá de las sombras.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

37 — El rancho de los Berkeley.

PROLOGO

Llevaban sombreros grises y espuelas de pura plata.

Uno lucía una hermosa barba negra y el otro un bien recortado bigotito rubio. Los otros dos que iban detrás, formando un perfecto cuarteto, no tenían nada que les distinguiese, excepto sus ropas bien cortadas, sus magníficos caballos y las cachas de sus revólveres, labradas en estupendo marfil.

Silbaban, los cuatro a la vez, una cancioncilla.

Avanzaban poco a poco, al paso de sus caballos, por las llanuras del sur de Kansas, mientras acariciaban las culatas de los rifles de repetición que colgaban de sus sillas.

Hubiera podido tomárseles por músicos de una orquestina, ya que vestían con tanta elegancia y exactamente iguales los cuatro. O quizá por rancheros acomodados que se habían puesto de acuerdo para ir así vestidos a una fiesta. Pero sus ojos implacables, grises, duros, indicaban que eran algo muy distinto. Sólo por aquellos ojos podía adivinarse ya que eran auténticos profesionales del gatillo.

A pesar de ir alegres, miraban de un lado a otro, sin abandonar la vigilancia, atentos a los menores relieves de la llanura.

Uno de ellos susurró, al terminar la canción:

—¿Qué tal un trago ahora?

Extrajo una cantimplora llena de ron y bebió, pasándola luego al hombre que tenía a su derecha. Este se la llevó a los labios, y en aquel momento la cantimplora saltó por los aires como si la hubiera empujado una fuerza mágica.

Hasta unas décimas de segundo después, cuando la cantimplora ya daba vueltas de campana en el aire, no oyeron el estampido del disparo, que había sido hecho a muy corta distancia.

Los cuatro, moviéndose a la vez como un solo hombre, pusieron al galope sus caballos mientras sacaban los «Colt».

Eran hombres acostumbrados a trabajar en equipo, a protegerse mutuamente y a disparar siguiendo un plan. Todos sus movimientos fueron sincronizados. Al darse cuenta de que el disparo había partido desde la derecha, donde había unos arbustos, dos de ellos rodearon el lugar donde posiblemente se ocultaba el enemigo, sin disparar, esperando que él se descubriese. Los otros dos atacaron de

frente, vomitando plomo por sus bocas de fuego, para obligar al enemigo a responder.

No pensaron que si aquel hombre no había matado a nadie al principio no había sido por falta de puntería, ya que estaba a muy corta distancia, sino para darles una oportunidad o quién sabe si para divertirse con ellos antes de enviarles a la tumba.

Vomitando plomo, se encontraron los cuatro casi en el mismo punto, sin descubrir al enemigo emboscado y sin que éste hubiera vuelto a hacer un solo disparo.

En realidad el desconocido se había escurrido entre las hierbas y ahora estaba en otro sitio. Era ágil como una serpiente y estaba dispuesto a matar. No perdió la ocasión esta vez.

Disparó su revólver desde la izquierda.

El hombre que estaba más cerca hizo un gesto maquinal, como si fuera a sujetarse el sombrero, y cayó del caballo en fracciones de segundo, dando un extraño salto, sin darse cuenta de que su cabeza acababa de ser atravesada de parte a parte por una bala.

Los otros lanzaron al unísono una maldición.

Estaban demasiado cerca unos de otros, no podían maniobrar. Intentaron protegerse tras los caballos y los segundos que emplearon en esa operación les resultaron fatales.

El hombre, apareciendo a la luz, disparó tres veces.

Era alto, joven, vestido de vaquero, y empuñaba un «Colt». Eso fue todo lo que pudieron ver de él.

Dos sombreros grises más saltaron por los aires. Dos balas se alojaron en el fondo de los cráneos y dos hombres más dieron extraños saltos antes de caer definitivamente a tierra.

El último tuvo más suerte.

La tuvo… de momento.

Fue herido en el pecho y logró saltar del caballo, mientras «sacaba» velozmente con la mano izquierda, que era la que podía mover con más facilidad. Lanzando un rugido, fue a disparar.

Pero su misterioso enemigo no le dio tiempo.

Una segunda bala le alcanzó en el estómago, haciéndole contorsionarse trágicamente.

El desconocido avanzó. Parecía un gigante a aquella corta distancia, con sus revólveres humeantes, sus ojos grises e implacables y sus botas tejanas cubiertas de polvo. Parecía también

un verdugo.

El del sombrero gris balbució, mientras las manos, sobre la herida, se le teñían de sangre:

—¿Qui…, quién eres?

—Me llamo Pat Sullivan.

El herido entreabrió la boca en un espasmo, con un gesto de terrible dolor. La sangre ya salía a borbotones por la brecha. No podía hablar.

Pero aún logró hacerlo.

—¿Por qué… todo esto? ¿Por qué…?

—Habéis asesinado a demasiadas personas en esta comarca… y a una de las víctimas la enterré yo. Era una muchacha a la que habíais violado. Juré que la vengaría… y lo estoy haciendo.

Disparó otra vez, ahorrando sufrimientos al herido.

UNO

El verdugo se pasó la mano izquierda por los labios resecos mientras con la derecha sujetaba la palanca que había de abrir la trampilla.

La mujer estaba quieta, con los ojos cerrados y las manos atadas a la espalda, aguardando el terrible momento.

El silencio era obsesionante, angustioso. Daba la sensación de una cosa sólida que los aplastaba a todos con su peso.

El *sheriff* alzó el brazo derecho.

—¡Ahora!

Al dejar caer el *sheriff* su brazo, el verdugo movió la mano con la que tenía sujeta la palanca. Se oyó un «¡chask!» largo y siniestro, y la trampilla se abrió bajo los pies de la condenada. Esta lanzó un grito que ni siquiera llegó a brotar enteramente de su garganta.

Unos segundos después había quedado quieta, espantosamente contorsionada, con sólo medio cuerpo emergiendo por la trampilla abierta en mitad del cadalso.

El verdugo susurró:

—Listos.

Todos los asistentes a la ejecución, en número de quince, se quitaron los sombreros lentamente en presencia de la muerta. Todos menos uno.

El único en no quitarse el sombrero fue un tipo alto, moreno, de hombros cuadrados, que iba vestido con tejanos azules, camisa gris y chaleco de piel negro, además de un sombrero «Stetson» inmaculadamente blanco.

Aquel hombre no se descubrió, como todos, por una sencilla y elemental razón: tenía las manos atadas a la espalda.

Dos guardianes estaban tras él, con las manos suavemente puestas sobre las culatas de los revólveres.

El *sheriff* se acercó con parsimonia.

—Bueno, ya podéis soltarle. El trabajo ha terminado.

Uno de los guardianes se acercó por detrás, mientras sacaba un cuchillo. Sus ojos oblicuos y su tez olivácea indicaban que era de ascendencia india. Manejó el cuchillo con mucha habilidad para cortar las ligaduras del prisionero sin lastimarle la piel. Luego volvió

a guardar el arma.

El prisionero se frotó las muñecas doloridas mientras cerraba los ojos, y a continuación se descubrió también, como los otros. Pero fue visible el esfuerzo que hacía para no mirar a la muerta ni una sola vez.

—¿Ha quedado tranquilo, muchacho? —preguntó el *sheriff*—. ¿Por qué se ha puesto tan pesado? ¿Tenía ganas de que le descerrajásemos un tiro?

—Tenía ganas de que no ejecutasen a esa mujer.

—¿Por qué? Ha sido condenada legalmente. Asesinó a dos hombres cerca de Dallas para robarles. ¿Qué quería? ¿Que le levantáramos un monumento?

Sullivan se palpó con una mano los labios, que tenía más secos que los del verdugo.

—Margot tuvo una infancia terriblemente desdichada —musitó—. Nunca le enseñaron la diferencia que había entre el bien y el mal. Mataba y robaba con la misma indiferencia con que los chiquillos se llevan un nido de la copa de un árbol. Creo que hubiera merecido una oportunidad.

—¿Es que la ley va a tener en cuenta estas cosas? —musitó el *sheriff,* mientras descansaba sus pulgares en los cintos canana—. Aquí el que la hace la paga, y no preguntamos los motivos jamás.

—En esta ocasión hubiera valido la pena preguntarlos.

—Margot era una tiradora demasiado rápida y demasiado certera. Resultaba peligrosa. Mejor está muerta que viva.

—Los muertos ya no estorban, ¿verdad?

El *sheriff* adelantó agresivamente el mentón, mientras sus ojillos escrutaban el rostro de Sullivan.

—Oiga..., ¿usted quién diablos es? ¿Un predicador?

Sullivan se pasó la lengua por los resecos labios.

—Soy el hombre que enseñó a disparar a Margot —dijo lentamente.

* * *

El *sheriff* le miró con más atención.

Por sus ojuelos color gris pareció pasar el recuerdo de algo muy lejano, muy borroso, que ya estaba arrinconado desde mucho tiempo atrás en el fondo de su memoria.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —gruñó.

—Pat Sullivan.

Pat Sullivan... Yo recuerdo ese nombre de algo. ¿Procede del Territorio de Utah?

—Justo. De Utah.

—Entonces, ya le recuerdo... —El *sheriff* se dio un golpe en la frente con la palma de la mano abierta—. ¿Cómo no lo he comprendido antes? Un tal Pat Sullivan estuvo reclamado hace años por desafíos ilegales. Era usted, supongo. Debí haberlo comprendido al ver su cara y la pequeña cicatriz que tiene en el lado izquierdo de la barbilla. ¿A qué ha venido aquí, Sullivan?

—Ya no estoy reclamado en ninguna parte. Las disposiciones sobre desafíos ilegales se derogaron ya.

—Pero ¿a qué ha venido?

—Sabía que Margot estaba condenada a muerte.

—¿Y qué le importaba esa mujer? ¿Le parecía bonita? ¿Es que le gustaba su tipo, pistolero?

La brutal alusión a los encantos físicos de una mujer que estaba colgada ante sus ojos, hizo parpadear a Sullivan, mientras a sus pupilas asomaba un brillo de ira. Pero logró dominarse.

—Yo había conocido a esa mujer cuando ella acababa de cumplir catorce años —susurró—. Entonces ya era muy bonita, sí, y tenía muy buen tipo, si es eso lo que ha querido decir. Precisamente esa fue la causa de que la enseñara a disparar. Una mujer que vivía como ella, en un rancho aislado y con un padre borracho, tenía derecho a saber defenderse. No podía confiar en su padre para nada; aparte de que la mitad de los días no hubiera estado en situación de levantar un rifle, hubiera vendido a su hija por dos botellas de licor. Y había por allí muchos tipos jóvenes que tenían cajas enteras de botellas... En fin —se encogió de hombros imperceptiblemente—, ya está todo concluido. Yo sólo he querido explicarle por qué enseñé a tirar a Margot y por qué me sentía responsable de cuanto pudiera sucederle. Pero ya es demasiado tarde para explicaciones, *sheriff*.

Se ciñó el cinto canana que uno de los guardianes le devolvía y añadió:

—Perdone que haya venido a darles trabajo, pero no he podido evitarlo. Les juro que si no llegan a atarme no ejecutan a esa mujer.

—Lo daba por supuesto. Por eso le hemos tratado así.

El rostro de Sullivan se desvió ligeramente hacia la muerta. Y ese

rostro se crispó un poco, pero nadie llegó a notarlo.

—Al menos —susurró— me dejarán cerrarle los ojos.

—Hágalo.

Pat Sullivan subió al patíbulo e, inclinándose sobre la muerta, le cerró los párpados lentamente. Su mano, que no había temblado en los desafíos, tembló al realizar aquella macabra y piadosa tarea.

—Si quiere puede enterrarla —musitó el *sheriff*.

—Nunca he enterrado a una mujer —contestó Sullivan.

—Pues es igual que un hombre con la ventaja de que abulta menos... Pero no se preocupe, ya realizaremos nosotros ese trabajo. ¿Quiere algo más?

—Sí. Que me entreguen los objetos personales de la muerta.

—¿Para qué?

—Creo recordar que ella tenía una hermana.

—¿No llegó a conocerla?

—No. Siempre nos veíamos a solas y lejos de su casa. A su padre no le gustaba que ella manejase el revólver, y ahora comprendo que los padres siempre acaban teniendo razón.

El *sheriff* se frotó la mandíbula.

—Yo sí que conozco a su hermana.

—¿Sí?

—Baje. Le daré su dirección.

Sullivan obedeció, bajando del patíbulo de un salto.

—En la oficina podrá recoger los objetos personales de la muerta —explicó el *sheriff* con los ojos entrecerrados—, No hay gran cosa, créame. Un par de dólares, un espejito, un revólver «Derringer» de cañón corto, y una moneda agujereada por la mitad, que debía ser recuerdo de sus prácticas de puntería. Puede llevárselo todo a Grete, su hermana.

—¿Y dónde vive Grete?

—En la ciudad de Amarillo.

—¿Cómo la encontraré?

El *sheriff* volvió a rascarse la mandíbula, pero ahora de una forma lenta, como si eso le ayudara a reflexionar.

—Es fácil. Vaya a la ciudad de Amarillo y pregunte allí. Pregunte simplemente por «La Reina de los Muertos».

* * *

Amarillo era entonces una ciudad ganadera, violenta y áspera,

que estaba en el centro de la ruta de los conductores de manadas y por cuyas calles la sangre corría con más facilidad que el whisky en las tabernas.

Al llegar a Amarillo se tenía una evidente sensación de salvajismo, pero en modo alguno podía decirse que aquella fuera una ciudad misteriosa.

Y sin embargo, esa fue la primera sensación que tuvo Sullivan al llegar allí: la del misterio.

Era una tarde de tormenta y los nubarrones grises pesaban en el horizonte. La ciudad tenía un aire quieto, frío, un poco siniestro bajo el color plomizo que llegaba desde el cielo. En toda la llanura no se escuchaba un solo sonido.

Pat Sullivan detuvo su caballo.

El aire parecía cargado de electricidad, y él era particularmente sensible para aquellas cosas. Diríase que toda la ciudad olía a muerto, que había un panteón o un ataúd en cada casa.

Tal sensación era absurda, puesto que Sullivan sabía que lo único que abundaba en Amarillo eran los borrachos y los pendencieros.

Pero no podía evitarlo.

Cuando espoleó suavemente al caballo otra vez para dirigirlo hacia la ciudad, tuvo la sensación de que iba a entrar en su propia tumba.

Ante el primer *saloon,* situado a la entrada de la calle principal, detuvo su montura.

Un tipo alto, huesudo, que estaba apoyado en la columna más gruesa del porche, le miró sin dejar de arrancar virutas con una navaja a la astilla que tenía en la mano.

—Buenas tardes —dijo cortésmente Sullivan.

—Buenas tardes, forastero.

—¿Vive usted en Amarillo?

—Sí, desde hace seis meses. ¿Por qué?

Desearía encontrar a una determinada persona.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—En ese caso sí que podré ayudarle. Conozco a todas las que circulan por aquí. ¿De quién se trata?

—La verdad es que sólo sé que se llama Grete, y que la conocen como «La Reina de los Muertos».

El tipo huesudo, que estaba a punto de arrancar otra viruta, dejó la navaja bruscamente suspendida en el aire.

—¿Cómo ha dicho?

—«La Reina de los Muertos». ¿No la conoce?

—Sí, claro...

—¿Dónde puedo verla?

El tipo movió los delgados labios y dijo algo que dejó atónito a Pat Sullivan.

—En el cementerio de la ciudad.

—¿Y qué hace allí?

—Vaya y lo verá. Pero vaya sólo de noche.

Y el tipo huesudo volvió a mover su navaja y se dedicó a sacar virutas silenciosamente.

DOS

Pat Sullivan buscó alojamiento para aquella noche y cuadra para su caballo. Luego se introdujo en un *saloon,* donde bebió silenciosamente hasta que descargó la tormenta.

Las nubes se abrieron brusca y salvajemente, como siempre ocurría sobre las llanuras. La tromba de agua descargó convirtiendo las calles en torrentes y amenazando con hundir los delgados techos de las casas. Pero nada sucedió.

Por el contrario, Pat pensó que se estaba bien allí, en el *saloon* cerrado, junto a la ventana, viendo cómo al otro lado de la ventana la lluvia parecía hundirlo todo. Y otra vez, sin que supiera por qué, Amarillo le produjo el efecto de una ciudad donde el misterio le aguardaba.

Cuando las sombras de la noche cayeron sobre la ciudad cesó de llover casi de repente, como había empezado. Los primeros faroles empezaron a encenderse. Por las calles repletas de barro no circulaba nadie.

Pat Sullivan se puso en pie, pagó la media botella de whisky que había consumido y se dirigió a la puerta.

El muchacho que había buscado cuadra para su montura, comentó:

—Mal momento para salir. Su caballo estará ahora en lo mejor del descanso.

—No voy a llevármelo.

—¿Es que piensa dar un paseo a pie? Si es así le recomiendo el

pequeño Eldorado. Las únicas atracciones de Amarillo que valen un poco la pena se exhiben allí.

—Gracias, muchacho, pero voy a un lugar completamente distinto. Voy al cementerio.

El chico bisqueó un poco, como si aquello le sorprendiera, pero no hizo el menor comentario.

—Siga la calle y luego tuerza a la derecha —dijo sencillamente —. Verá el cementerio donde empieza un grupo de árboles.

—Gracias.

Pat encajó bien el revólver en la funda y salió, caminando a lo largo de los porches, hasta llegar a la esquina. Allí se detuvo, escuchando el deslizarse del agua a lo largo de los goterones. Era un sonido lento, monótono, que calmaba los nervios. Pat Sullivan estuvo escuchándolo durante largo rato, mientras pensaba que la ciudad de Amarillo era muy distinta a como siempre la imaginó.

Nadie pasaba por las calles.

Y sobre los porches silenciosos, sobre los tejados endebles donde aún resbalaba la lluvia, parecía flotar la sombra de un misterio que él no sabía explicarse.

Luego, siguió andando, hundiendo sus botas en el barro, y al cabo de unos minutos vio el grupo de árboles donde comenzaba el cementerio.

Los nubarrones plomizos se habían disipado poco a poco, al cesar la tormenta, y ahora la luna asomaba por un claro del cielo. A su resplandor era posible ver las cruces y una pequeña verja que delimitaba el cementerio sólo por un lado, quizá porque el municipio quiso cercarlo y no tuvo dinero para terminar la obra o se pensó que el número de muertos llenaría el recinto demasiado pronto. El caso era que las lápidas tenían un aspecto fantasmagórico a la luz de la luna. Pat tragó saliva mientras avanzaba lentamente.

Vio una pequeña casa situada cerca del cementerio, y dedujo que allí vivía el guarda. Pero al acercarse comprobó que la puerta estaba cerrada, aunque dentro había luz. Llamó inútilmente varias veces y al final desistió.

Tendría que buscar por el cementerio, que se extendía ante sus ojos silencioso y blanco.

Caminó unos pasos y entonces la vio. Vio a la que llamaban «La Reina de los Muertos».

Estaba sentada ante una fosa.

Sentada en su silla de ruedas.

* * *

Pat Sullivan respiró hondamente; mientras se acercaba.

Sentía clavados en los suyos los ojos de la mujer, que no se había movido al verle acercarse. Unicamente su cabeza se había alzado un poco, para poder mirarle mejor.

Pat se confesó a sí mismo que pocas veces había visto una mujer como aquella.

Tenía los cabellos de un color rubio apagado, las facciones regulares y suaves, los labios intensamente rojos y el cuello largo como el de una sílfide. Su busto era alto, pujante, y sus caderas redondas y amplias, al menos por lo que permitía ver la forma de la silla. En cuanto a las piernas, la larga falda sólo permitía distinguir los tobillos, que eran finos, esbeltos y estaban enfundados en medias negras. Pero cualquiera hubiese pensando que a una mujer de aquella clase tenían que corresponder por fuerza unas piernas bonitas. Sullivan, al menos, lo pensó.

La mujer iba vestida con un dos piezas color gris oscuro y que estaba rematado por un cuello blanco.

Era elegante, era distinguida, era bonita, y sin embargo al verla se tenía como una extraña sensación de miedo, tal vez. de horror.

Pat Sullivan no podía explicárselo.

Se acercó más, siempre atraído por la mirada de la mujer, y entonces vio lo que había en el fondo de la fosa junto a la que ella estaba sentada.

El cadáver de un hombre.

* * *

Pat se quitó el sombrero, como días antes hubiera querido hacer ante el cadáver de Margot cuando ésta fue ahorcada.

—Buenas noches —susurró.

La mujer apenas despegó los labios para preguntar:

—¿A qué ha venido?

—Me llamo Pat Sullivan.

—Su nombre no me dice nada.

Las respuestas de la mujer eran ásperas, pero, sin embargo, tenía una voz agradable al oído.

—Yo conocí a su hermana Margot —susurró Pat.
—¿La «conoció»? ¿Qué significa eso?
—Significa que ya no vive.
Los ojos de la mujer se cerraron un momento y sus manos se crisparon sobre la silla, pero esa fue toda su reacción visible. Luego apretó los labios tanto que éstos se volvieron blancos.
—¿Quién la mató?
—Fue ajusticiada en Dallas, después de un juicio que podemos considerar legal. Se la acusaba de haber matado a dos hombres para robarles, y las pruebas eran concluyentes. En consecuencia fue entregada al verdugo y éste la colgó. Ello sucedió hará cosa de una semana.
—¿Fue usted el verdugo?
—¿Cree que habría venido aquí si lo fuese? No… Yo era, por el contrario, un amigo de Margot. Quizá el amigo más peligroso que tuvo, puesto que la enseñé a manejar el revólver.
Otra vez la mujer separó los labios, y éstos volvieron a ser intensamente rojos. Sus pupilas parecían ahora dos pedacitos de metal, tan frías y brillantes destacaban en la noche.
—¿A qué ha venido? —silabeó.
—Traigo esto.
Pat extrajo de uno de los bolsillos de su camisa un pequeño envoltorio. Había allí todo lo que fue de Margot, todos los pequeños objetos con los cuales no pudo ser enterrada.
—Prometí que entregaría sus pertenencias y lo hago. Supongo que usted es la única persona a la cual le corresponden.
—Sí.
—¿No las toma?
Pat Sullivan se las alargaba por encima de la fosa, pero ella no hizo ningún movimiento para tomarlas.
—Tire ese envoltorio —dijo al fin secamente—. Tírelo de una vez al fondo de la tumba.
—¿Por qué?
—Mi hermana está muerta, ¿no? Pues todo lo que perteneció a ella debe estar enterrado. Es mejor así.
Pat dejó caer el envoltorio al fondo de la fosa, sobre el cuerpo que yacía en ella. Vio que aquel cuerpo era el de un vaquero joven, bien vestido, que ostentaba sobre la camisa una mancha roja, a la

altura del corazón.

—Un balazo un tanto extraño —comentó—. Me gustaría conocer la clase de proyectil que ha causado esa herida tan alargada.

—No ha sido un balazo —dijo ella por entre sus labios tensos—, sino algo más suave: una cuchillada.

—¿Quién lo ha matado?

—Yo.

Pat Sullivan volvió a mirar a la mujer, ahora con una reconcentrada atención, mientras pensaba que quizá no había oído bien aquella respuesta. Tal vez ella había querido decir otra cosa.

—¿Lo mató usted? —susurró.

—Sí. ¿Le extraña?

—En una paralítica, sí, la verdad. ¿O quizá no lo es? ¿Quizá está en esa silla de ruedas por otra causa?

—Desgraciadamente no estoy aquí por capricho. Soy una auténtica paralítica de cintura para abajo.

—¿Y ese hombre…?

—Se acercó demasiado.

Pat tragó saliva.

—¿Por qué? ¿Qué quería?

—Su intención era casarse conmigo.

—¿Casarse?

—¿Le parece extraño?

Había como un desafío en la voz de la mujer. Palpitaba algo inquietante en sus ojos, en el movimiento de sus labios al hablar. Pat se dijo una vez más que nunca había visto una mujer como aquella.

—No, no me parece extraño.

—Venga.

Ella hizo un rápido movimiento con su silla de ruedas, y la impulsó hábilmente hacia atrás. Como las ruedas eran grandes, no se encallaron en el barro. Velozmente, con tanta facilidad como si pudiera andar, llegó a la puerta de la casa a la que antes llamara Pat.

El la seguía.

No comprendía nada de aquello, y sus labios estaban como torcidos en una mueca de incredulidad.

Grete extrajo una llave de uno de sus bolsillos y abrió la puerta, pasando al interior.

Este consistía en una sola pieza amueblada con gusto y hasta con cierto lujo, si se tiene en cuenta que todo aquello estaba junto a un cementerio. Había una mesa con un tapete, dos lámparas de petróleo encendidas, un diván que debía servir de cama, una chimenea encendida y otra mesita más pequeña sobre la que estaban posados unos cuantos libros. Para que al conjunto no le faltase detalle, en las paredes había un par de cuadros.

Ella hizo girar la silla rápidamente y se encaró con él.

—¿Qué le parece?

—Muy hermoso. No lo esperaba.

—¿Y qué le parezco yo?

La pregunta dejó un poco asombrado a Sullivan, que miró a la extraña mujer desde los zapatos a la punta de sus bien peinados cabellos rubios.

—¿Es que duda? —susurró Grete.

Y alzó un poco su falda, hasta mostrar las rodillas. Esto era mucho para una mujer decente, según las costumbres de la época. Sullivan parpadeó, porque lo que podía ver de aquellas piernas le permitía afirmar que eran quizá las más bonitas que había contemplado en su vida.

Lástima que perteneciesen a una mujer que no podía moverlas. Lástima que pertenecieran a una paralítica.

Ella dejó caer la falda lentamente, y otra vez los bordes llegaron casi hasta sus altos zapatos negros.

—¿Qué le parezco? —repitió.

—Confieso que endiabladamente bonita.

—¿Le extraña que ese hombre quisiera casarse conmigo?

—No, pero lo que me extraña es que lo matara. Querer casarse no es un delito.

Ella lanzó una repentina carcajada. Su risa sonó áspera y un poco estridente en la pequeña habitación, como si dos pedazos de metal chirriaran.

—¿Es que no lo ha comprendido? —preguntó—. Yo he dicho «casarse» por decir alguna cosa. Pero Weyman, nuestro difunto amigo, no era de los que se comprometen demasiado con una mujer. El lo que quería era divertirse. Ansiaba hacerlo porque le parecí una presa fácil. Una muchacha paralítica y sola, que no podía defenderse...

Volvió a reír, y a Pat Sullivan le pareció notar algo infinitamente amargo y lacerante en aquella risa.

—Por Dios, cállese.

Ella dejó de reír, sorprendida.

—¿Qué le pasa?

—Me ponen nervioso sus carcajadas. Y además no comprendo por qué está aquí, no puedo comprender por qué vive en un cementerio y por qué la llaman «La Reina de los Muertos».

—Porque lo soy.

—¿En qué sentido?

—Vivo en este cementerio y Cuido de él. Tengo dos ayudantes durante el día, por supuesto, pero estoy sola todas las noches. No le extrañe que me llamen «La Reina de los Muertos».

—¿Por qué vive aquí?

—Cuando era muy pequeña huí de casa. Usted no llegó a conocerme, claro. Llegué a caballo hasta esta ciudad perseguida por cuatro tipos a los que no debía parecer tan pequeña, según se adivinaba por sus intenciones. El hombre que vivía aquí me defendió recibiéndolos a golpes de gatillo, y murió de un balazo para que yo me salvara, después de dejar tiesos a los cuatro, con una bala de rifle en el vientre de cada uno. Ellos y el hombre que me había salvado fueron los primeros a los que enterré. Luego siguieron otros muchos.

—Pero, ¿por qué se quedó aquí? Lo que me ha contado sólo explica su llegada pero no el que se quedara para siempre en este tenebroso ambiente. ¿Por qué no marchó?

—Era el único sitio donde podía quedarme.

—¿Por qué?

—Aquella noche, después de enterrar a los cinco hombres juntos en una profunda fosa, sentí un dolor terrible en la columna vertebral, y bruscamente mis piernas se negaron a obedecerme. El médico que llegó poco después explicó que durante la lucha me había alcanzado una esquirla de bala que al principio ni siquiera me dolió, pero que luego, al moverme yo violentamente, había penetrado en mi espina dorsal. Según ese hombre, acababa de convertirme en una paralítica. Luego comprendí, porque vinieron otros médicos, que aquel diagnóstico encerraba una terrible verdad.

Hizo una mueca y añadió:

—Una viuda rica, antes de morir, dispuso en su testamento que me compraran la mejor silla de ruedas.

—Pero usted no puede enterrar a los muertos...

—No. Sólo puedo llevarlos a la fosa. A Weyman lo hubiera dejado aquí para que mis ayudantes lo cubrieran con tierra a la mañana siguiente. Pero no me importa cargar un cuerpo de través sobre mi silla. Tengo mucha fuerza, una fuerza que pocos esperan, ¿ve?

Tendiendo la mano, alcanzó la mesa por una de las patas y la levantó sin muestras de cansancio. Levantar aquella mesa por el centro no tenía importancia, pero levantarla por una de las patas era empresa que sólo un hombre hubiera podido acometer. Y parecía como si ella fuera capaz de hacer mucho más que aquello.

Pat Sullivan estaba asombrado.

—Confieso que no lo esperaba... —susurró.

—Todos los hombres que pensaron que yo era una presa fácil tampoco lo esperaban. De eso puede estar seguro.

—¿Cuántos apuñalados yacen bajo la tierra de este cementerio?

Ella se encogió de hombros, mientras hacía una mueca que sin embargo no deformó su rostro.

—¡Bah! ¿Para qué hablar de eso?

—¿Y de qué vive?

—La Junta de Vecinos paga una cantidad por cuidar de este cementerio. Les interesa que esté siempre muy bonito, ¿sabe? ¡Si hay aquí más personas que en las calles de la ciudad! Lo que gano me permite vivir, e incluso algunas veces bajo a Amarillo para comprar cosas. Pero siempre de noche.

Pat apretó los labios.

—Nunca hubiera creído que existiese una mujer como usted —farfulló—. Le juro que no.

—Hubo personas en Amarillo que también creyeron lo mismo, pero ya se han acostumbrado.

—Oiga... —Pat Sullivan se acercó pausadamente a ella, mientras hacía un gesto convincente con la mano derecha—. Usted es joven y bonita, y no puede permanecer siempre aquí, a menos que esté loca. ¿No ha intentado ir a alguna ciudad más grande, donde puedan verla otros médicos?

—Para eso hace falta mucho dinero.

—Yo se lo daré —musitó velozmente Pat.

Los ojos de la mujer no reflejaron la menor emoción. Se limitó a preguntar sin mirarle:

—¿Es rico?

—No. ¡Claro que no! Pero he estado trabajando dos años en un rancho sin gastar prácticamente nada, porque no me interesaba que se me viese por la comarca. Tengo lo suficiente para pagarle un viaje a Nueva York, a Filadelfia o adonde haga falta, y para hacer que la reconozca un especialista.

—¿Y por qué lo haría? —musitó ella—. ¿Por qué se interesa por mí? ¿Acaso es como los otros?

Pat Sullivan rió silenciosamente.

—Piensa que soy otro lobo disfrazado de piel de cordero, ¿verdad? No, por ahora no me dedico a perseguir mujeres que parecen indefensas. Le he ofrecido todo esto porque en cierto modo me siento responsable de lo que le ocurrió a su hermana Margot, y porque además sé que patearé ese dinero en cuanto encuentre por aquí una bailarina que me guste. Perdido por perdido, prefiero que el dinero que gané haya servido para alguna cosa.

Grete le miró intensamente durante unos segundos —unos segundos que se hicieron interminables—, como si no supiera qué responder. Al fin musitó:

—No quiero aceptar nada. Váyase. Odio a los hombres con toda mi alma.

Y le señaló en silencio la puerta.

Pat Sullivan se dirigió hacia ella, pero antes dijo con una seca sonrisa:

—Sepultaré a su amiguito de todos modos, cariño. No quiero que toda la noche esté al borde de la fosa como un vampiro, disfrutando mientras lo contempla…

Y salió.

TRES

Pat Sullivan volvió silenciosamente a la ciudad de Amarillo, cuyas casas blancas destacaban espectrales bajo la luna.

Se oían músicas aquí y allá, y todas las luces frente a los locales de diversión estaban encendidas. Los primeros borrachos se tambaleaban en los porches, y algunas mujeres ya demasiado pasadas deambulaban de aquí a allá buscando clientela para los garitos. Hacia el sur de la ciudad se oían algunos disparos, y todo parecía indicar que, a pesar de la lluvia caída poco antes, la nochecita sería movida.

Sin embargo, Amarillo pasaba una época relativamente tranquila, porque excepcionalmente hacía una semana que no pasaba ninguna manada por allí.

Pat fue al mismo *saloon* donde había estado bebiendo y preguntó al dueño si podrían darle alojamiento por aquella noche.

—Sí. Tenemos una habitación libre porque ahora no hay apenas vaqueros. Pero habrá de pagar por adelantado.

Sullivan pagó sin chistar.

—Puede subir —dijo el dueño—. Pero, oiga, amigo...

—¿Qué?

—¿Se ha fijado en sus ropas? Están manchadas de barro.

Sullivan se las miró. Efectivamente, al cubrir la sepultura se había manchado de tierra. Sus manos lo estaban también. Sonriendo, Pat se encogió de hombros y se las sacudió lentamente.

—He tropezado y he caído —explicó—. Todo esto está convertido en un barrizal, ¿sabe? Bueno, ¿dónde para esa habitación?

—En el piso de arriba. Verá un número tres en la puerta, pero no se confunda. En las habitaciones uno y dos están las bailarinas.

—Entonces me confundiré, amigo. Gracias.

Pat Sullivan subió, pero sin intención de confundirse. Desde que viera a Grete no podía pensar en ninguna otra mujer, por lo inquietante que le había parecido. De todos modos, una vez arriba, se dio cuenta de que el pasillo estaba oscuro como la boca de un lobo, y los números sobre las puertas no se veían por ninguna parte. Más o menos calculó cuál sería la número tres e hizo girar el pomo,

encontrando cierta resistencia. Dio un empujón capaz de derribar la puerta, y ésta cedió.

Fue entonces cuando Pat Sullivan estuvo a punto de lanzar un grito.

Detrás de aquella puerta no había nada, o al menos casi nada. Sólo un pequeño pasadizo de tablas pegado a la fachada posterior del edificio, a un piso de altura sobre la calle. Caer por allí no hubiera significado la muerte, posiblemente, pero sí una pierna y un par de costillas rotas.

—También tienen bromas… —suspiró Pat.

Pero en cierto modo había sido culpa suya. Aquella puerta estaba atrancada y él por poco la hace saltar.

Se dio cuenta de que por aquel callejón posterior no pasaba nadie. Se dio cuenta también de que el delgado pasadizo de tablas pegado a la fachada se perdía en las profundidades de un edificio contiguo que debía ser un granero, a juzgar por sus enormes dimensiones.

Pero todo aquello, ¿qué le importaba a él?

Volvió a cerrar la puerta, cuidando de ajustarla bien para que nadie pudiese caer inadvertidamente, y empujó la siguiente hoja de madera.

Ahora sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y distinguía ya el número tres impreso sobre la puerta.

La habitación constaba de una cama de hierro, una jofaina para lavarse, un espejo, una mesa y una silla. Había también una ventana que daba al callejón posterior, y por la cual entraba la luz de la luna.

Pat Sullivan, sin desnudarse apenas, se tumbó en la cama y, con las manos cruzadas bajo la nuca, intentó dormir. Pero no pudo. La luz de la luna dibujaba unos extraños reflejos en la pared frontera, reflejos que, sin saber por qué, le recordaban a la mujer del cementerio, a la obsesionante «Reina de los Muertos». Aunque no quería, tenía la sensación de estar viendo sus piernas otra vez, cuando ella alzó su falda hasta las rodillas. Creía estar viendo sus ojos de mirada metálica y escuchando su extraña voz: «Odio a los hombres con toda mi alma…»

Al fin, poco a poco, la fatiga fue venciendo a Pat Sullivan, que había hecho un largo viaje para llegar a Amarillo, y quedó profundamente dormido.

* * *

No llegó a oír el tumulto creciente del *saloon* ni se enteró de una bronca y una pelea a puñetazos que hubo entre varios vaqueros. Mucho menos, por tanto, se enteró del diálogo que sostenían en voz baja dos individuos sentados en uno de los ángulos del *saloon.*

Eran unos individuos que ya habrían cumplido los cuarenta años, pero que estaban aún en la plenitud de su forma física. Iban bien vestidos, y las cadenas de sus relojes, así como sus culatas de plata y marfil, denotaban a las claras que eran hombres de posición.

Uno de los dos parecía estar entusiasmado; el otro no tanto.

—Escucha, Jim —decía el que denotaba mayor entusiasmo—, estoy decidido a realizarlo. Me la llevaré como sea.

El otro movió la cabeza con gesto escéptico.

—No veo la razón, Charlie. ¿Para qué te sirve una paralítica?

—Es muy bonita.

—De acuerdo, pero te causaría muchas complicaciones. Más vale que te dediques a perseguir cualquier bailarina de las que circulan por la ciudad. Las hay muy guapas.

—Ninguna me gusta tanto como Grete. Se llama Grete, ¿verdad?

—Sí.

Los ojos de Charlie se iluminaron.

—Desde que la vi no he hecho más que pensar en ella. Tiene distinción, tiene estilo, la muy maldita... ¿Y te has fijado en sus caderas? ¿Has visto algo que tenga unas formas tan perfectas de ánfora griega?

Jim movió la cabeza con desencanto.

—Charlie, tú estás descarriando.

—¿Es bonita o no?

—Preciosa, pero...

—El hecho de que sea una paralítica no me importa —gruñó Charlie salvajemente—. Me la llevaré como sea.

—Pero... —insistió Jim.

—Mejor que no pueda defenderse... ¡Mil veces mejor! ¿Crees que a alguien va a importarle que una mujer así desaparezca? ¿Piensas que alguien va a inquietarse si la tengo en mi rancho unos días?

—No, desde luego.

—¡Pues entonces!

Jim vació el resto de la botella de whisky.

—Haz lo que quieras —dijo luego, mientras hipaba ruidosamente —. Ya sabes que yo soy tu amigo y que nos hemos corrido buenas juergas juntos. Te ayudaré si decides llevarte a esa chica a la fuerza, pero sería mejor que te lo pensaras con más calma. Y ahora me voy a dormir. Esta noche me aburre el espectáculo.

—¿No vuelves a tu rancho?

—No. Es tarde y los caminos estarán en malas condiciones después de la lluvia. Por eso he alquilado una habitación arriba. Es la habitación de Natty, la primera bailarina. Estoy de acuerdo con el dueño, ¿sabes? Natty va a llevarse una bonita sorpresa, en cuanto termine el espectáculo y ella suba...

—No sé por qué me parece que la cosa va a terminar mal —gruñó Charlie—. Presumo que todo terminará a botellazos...

Jim sonrió pícaramente.

—A lo mejor no, amigo... A lo mejor no...

Y subió a uno de los cuartos del piso superior, concretamente al señalado con el número dos.

Este era algo mejor que el que ocupaba Pat Sullivan. Tenía un biombo, las ropas de la cama eran más bonitas y en la ventana había cortinillas de gasa. También sobre la mesa sé veían unas copas y una botella de whisky.

Por encima del borde del biombo se veía caer lánguidamente una sedosa combinación femenina.

Jim la tomó entre sus dedos, aspirándola con placer, y luego la soltó mientras suspiraba:

—Ujú...

Todo aquello olía a mujer, olía al perfume especial de Natty, la primera bailarina. A Jim, el opulento ranchero, cansado de ver desfilar maravillosas hembras ante sus ojos, aquel aroma que sólo despedía Natty le volvía loco.

Resoplando de satisfacción, apagó de un soplo el quinqué que acababa de encender y se tumbó vestido en la cama, imaginando lo que sucedería cuando Natty, la difícil Natty, a la que nadie había logrado dominar aún, entrase en su apartamento.

¿Botellazos? ¿O quizá se rendiría al darse cuenta de que no podía huir de su persecución? Era más que posible.

Jim se humedeció los labios con una mueca de placer.

Allá Charlie con su estúpido capricho por la paralítica del cementerio. El se dedicaba a cosas mucho más interesantes.

Imaginando a la escultural bailarina, cerró los ojos mientras ponía las manos cruzadas bajo la nuca.

No pudo apreciar por eso un movimiento suavísimo, casi imperceptible, detrás del biombo. Por eso no pudo advertir que por la juntura del mueble le espiaba un ojo que parecía un pedazo de metal tallado.

Aquel ojo brilló intensamente durante unos segundos, escrutando las tinieblas que llenaban la habitación.

Pero, a pesar de eso, aquel ojo veía. ¡Veía en la noche como ven los ojos de los gatos!

Jim se desperezó en la cama con un gesto de cansancio y de suave placer.

No hubiera querido dormirse, pero después del mucho whisky que había ingerido el sueño le iba venciendo. Abrió y cerró los ojos un par de veces y por fin lanzó un suspiro.

Cuando cerró los ojos otra vez, quedando en principio dormido, el biombo se apartó poco a poco.

No produjo más que un leve chirrido.

La luz de la luna, que llegaba hasta aquel lugar, iluminó la silla de ruedas y la mujer quieta, rígida, que estaba sentada en ella.

Una mujer cuyos miembros inferiores no se movían, pero cuyas manos eran ágiles y parecían poseer una diabólica fuerza.

Aquella mujer dio en silencio un fuerte impulso a las ruedas. La silla se desplazó.

Las gomas de las ruedas no produjeron ruido, pero los muelles chirriaron ligeramente.

Jim se movió un poco.

La mujer dio otro impulso a las ruedas, y quedó detenida junto al lecho, a un paso apenas del cuerpo de

Jim, cuyo grueso abdomen subía y bajaba cruzado por la fantástica cadena de oro.

Los muelles chirriaron otra vez.

Jim abrió perezosamente un ojo y pudo ver de una forma confusa el busto de una mujer joven y hermosa que estaba inclinada sobre él, mirándole, casi aspirando su aliento.

Un ramalazo de felicidad pasó por todo el cuerpo del hombre.

—Natty… —suspiró con voz lánguida—. Al fin has venido, Natty…

Una voz ronca dijo a su lado:

—Sí, querido. Estoy aquí…

Incluso en las brumas del sueño, Jim se sobresaltó, abriendo mucho los ojos. ¡Aquella no era Natty! ¡Aquella voz ronca no era su voz!

Fue a incorporarse y en aquel momento vio brillar el cuchillo sobre su garganta.

Un cuchillo largo, afilado y brillante como un bisturí.

Jim lanzó un angustioso alarido mientras el cuchillo se hundía en su carne una vez, y otra, y otra…

CUATRO

Aquel alarido espantoso también fue escuchado por Pat Sullivan.

Aunque dormía profundamente, su instinto de hombre habituado a vivir entre peligros le advirtió. Antes de darse cuenta ya estaba en pie, mirando hacia la puerta.

El alarido había cesado.

Le pareció oír junto a la hoja de madera un suave roce, como de sedas, y luego un chasquido. Pero no pudo estar seguro de nada, porque sus sentidos aún estaban en parte embotados por el sueño.

Lo único que sabía era que el alarido acababa de brotar justamente de la habitación contigua.

Poniéndose apresuradamente una camisa sobre el torso desnudo, Pat Sullivan abrió la puerta y vio que la de la pieza contigua estaba abierta también. Sin perder un segundo, entró.

Pisadas rápidas atronaban ya las escaleras, llegando desde el *saloon*.

Sullivan quedó en el umbral, como paralizado por el horror.

El hombre que yacía sobre el lecho había sido degollado materialmente. Un cuchillo afiladísimo le había seccionado la yugular, que todavía expelía la sangre a chorro. El cuerpo de aquel hombre aún se movía de forma mecánica, pero ya no quedaba en él apenas un hálito de vida.

Pat susurró:

—Cielos...

Aquello era tan increíble como una pesadilla. Pat tuvo que frotarse los ojos, creyendo que estaba soñando aún. Fue entonces cuando creyó sentir en la espalda una corriente de aire.

Se volvió, y entonces pudo ver que la puerta sin número no estaba cerrada.

El recordaba haberla ajustado bien poco antes, para que nadie corriera el peligro de caer sin darse cuenta. Y sin embargo, ahora oscilaba a impulsos del viento. Sobre las tablas, además, había marcadas en el polvo unas levísimas huellas.

Unas huellas que no tenían sentido.

Pat Sullivan se apoyó en la pared, como si le faltara la respiración, mientras el pasillo se llenaba de maldiciones y gritos.

CINCO

La mujer estaba quieta junto a la ventana cuando Pat Sullivan entró. Apenas volvió la cabeza para mirarle.

—¿Qué quiere?

Pat Sullivan la contempló bien, mientras se acercaba lentamente haciendo tintinear las espuelas. Tuvo que reconocer que, a pesar de estar en aquella silla, era una de las mujeres más bonitas que había conocido. La forma de su busto, de su cintura, la línea obsesionante de sus caderas hubieran hecho brillar los ojos de cualquier hombre. Pero los ojos de Ted Sullivan no brillaron. Eran como los de un muerto.

—¿Qué quiere?

—Se acerca un entierro.

—Nada más natural, ¿no? Estamos en el cementerio.

—Sí..., estamos en el cementerio.

Pat miró a través de la ventana, situándose ligeramente tras ella. Desde allí se veían las lápidas, las cruces y al fondo las primeras casas de la ciudad de Amarillo. Incluso a pleno sol aquello era siniestro. No se comprendía que una mujer se encontrara a gusto en aquel ambiente.

Ella se volvió de repente, haciendo girar con habilidad su silla de ruedas.

—Bueno —increpó—, ¿sólo ha venido a decirme eso?

—Es que ese va a ser un entierro muy sonado. La mitad de la ciudad de Amarillo viene en el cortejo, y yo me he adelantado a decírselo. ¿No sabe quién es el muerto?

—No.

—Se llamaba Jim.

Pat Sullivan escrutaba atentamente el rostro de la mujer, que sin embargo no cambió de expresión y no reflejó emoción alguna, como si estuviese tallado en piedra.

—Hay muchos Jim por aquí.

—Este era distinto. Se llamaba Jim Quarter y tenía fama de ser muy rico.

Mientras liaba un cigarrillo parsimoniosamente, Sullivan añadió:

—Lo degollaron anoche en la habitación de una bailarina. Fue un

crimen horrendo, y eso que aquí la gente se impresiona ya por muy pocas cosas. Pero nadie sabe quién lo hizo.

Otra vez los ojos del hombre escrutaron hasta la más mínima expresión del rostro de Grete, y otra vez hubo de reconocer que no traslucía ni la sombra de una emoción o un sentimiento.

Grete volvió de nuevo junto a la ventana, haciendo girar la silla. Las ruedas se movían suave y rápidamente sobre el suelo de tablas.

—Hágalo otra vez.

—¿El qué?

—Haga girar esa silla.

Grete le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estúpido capricho es ése?

—Es un favor que le pido. ¿Por qué no me complace? ¿Qué le cuesta?

—No tengo ninguna obligación de complacerle, pero lo haré. Creí que se fijaría en mi cintura y sólo se está fijando en las ruedas de mi silla...

La hizo girar nuevamente, con gran habilidad. Pat tuvo que reconocer que, en una estancia cerrada, aquella mujer era tan rápida y podía resultar tan peligrosa como una persona enteramente sana. Se fijó en las ruedas y en las suavísimas huellas que sus gomas dejaban sobre el polvo que con frecuencia hay en un suelo de tablas. Vio que coincidían exactamente con las observadas la noche anterior en el pasadizo de maderas. Para estar absolutamente seguro habría sido necesario medirlas, pero Pat Sullivan sabía que no se equivocaba. Sus ojos de hombre acostumbrado a medir distancias en la llanura sin ayuda de ningún instrumento, no podían engañarle.

Apretó los labios.

Grete, que había seguido atentamente la dirección de su mirada, preguntó con suavidad:

—¿Qué le pasa?

—Escuche, Grete. Voy a decirle una cosa y le ruego que me preste atención.

—Claro... —dijo ella burlonamente—. Claro que sí, amigo... Suelte la artillería de una vez.

—Me he estado informando sobre el muerto, sobre Jim Quarter. No es extraño que tuviera que oír Cosas sobre él, porque en los primeros minutos me acusaron a mí del crimen, a causa de haber

estado durmiendo en la habitación contigua. Pero pude aclararlo y entonces empecé a saber cosas acerca de Jim Quarter. Era un fulano rico, como ya he dicho. Poseía un rancho en las cercanías, pero en ese rancho había un pequeño pabellón, rodeado de árboles, donde no entraba nadie más que él. Allí llevaba a sus conquistas, voluntarias o no. Jim Quarter era uno de los hombres que más inmoralidades había cometido en esta comarca, pero aun así no era nada comparado con su amigo Charlie. Al lado de éste, Jim Quarter era un angelito.

Puso en sus labios unos instantes el cigarrillo que ya había encendido y prosiguió:

—Quiero decirle con todo esto que el hombre al cual van a enterrar ahora está mejor muerto que vivo. Pero las cosas no han terminado aquí. Su inseparable amigo Charlie querrá vengarle.

Ella le miraba fijamente, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Usted es una mujer sola, Grete..., aunque se considere muy fuerte. Me sabría mal, a pesar de todo, verla linchada un día y colgado de un árbol su cuerpo desnudo por obra de unos cuantos brutos. Si necesita un revólver confíe en mí. Es cuanto quería decirle.

—¿Y quién le ha dicho que yo necesite la protección de nadie?

Pat susurró:

—Mire.

Con el mentón señaló, a través de la ventana, el camino del cementerio. Por él ascendía pesadamente un carromato llevando un ataúd, y detrás de él más de cincuenta hombres silenciosos y con las facciones crispadas. Verlos en aquel mutismo, levantando con sus botas el polvo del camino como una procesión siniestra, producía una muda sensación de horror.

Pero Grete no pareció impresionarse.

—¿Quiere decir que todos esos tienen algo contra mí? —preguntó.

—Puede.

—No diga tonterías... Lo único que me extraña es que haya tantos hombres acompañando a su última morada a un tipo como Jim Quarter. Nunca creí que tuviera tantos amigos.

—No los tenía, seguramente. Pero la mayor parte de esos

hombres pertenecían a su rancho y al de Charlie. Además, no olvide que los hombres ricos siguen siendo influyentes hasta más allá de la tumba.

Arrojó los restos del cigarrillo a la chimenea y musitó, mientras se dirigía a la puerta:

—Recuerde lo que le he dicho.

—¿De modo que quiere protegerme? —preguntó ella, interrumpiéndole en su camino—. ¿Por qué?

—No lo sé —reconoció él sinceramente—. Le juro que no lo sé.

—¿Está enamorado de mí?

—¿Enamorado?

—No se haga el sorprendido. Los hombres suelen estarlo, y la verdad es que no sé por qué. ¿También a usted le gusto?

Pat abrió la puerta, mientras decía roncamente:

—No quisiera que eso fuese verdad.

Y salió dando un portazo.

* * *

Charlie le estaba mirando.

Charlie, que iba al frente del cortejo fúnebre, llevaba aquel día una levita color negro, para estar más a tono con la ceremonia. Sobre el chaleco resaltaba la pesada cadena de oro de su reloj, y a un lado el revólver con cachas de marfil y plata.

Pero lo que más brillaba eran sus ojos.

Cuando Pat Sullivan avanzaba para unirse al cortejo, Charlie le preguntó rudamente:

—¿Vienes de la casa, forastero?

—Sí.

—¿Estaba allí Grete?

—Sí.

—¿Qué tienes tú que ver con ella? ¿Qué clase de amistad hay entre vosotros dos, forastero?

Los ojos de Charlie brillaban peligrosamente y con la derecha rozaba la culata del revólver. Pat Sullivan comprendió que era capaz de matarle allí, en el propio cementerio. Estaba furioso por el simple hecho de que alguien anduviera cerca de la mujer de quien él se había encaprichado, aunque esa mujer fuera una paralítica.

Pero Sullivan no parpadeó.

—Me he adelantado para decirle que se acercaba un entierro.

—Muy bien, forastero... Procura que un día ese entierro no sea el tuyo. No me gusta que nadie ronde cerca de esa mujer, ¿entendido? Será mejor que recojas tus bártulos y te largues a otra ciudad. Este clima no te prueba.

—Puede que lo haga... cuando me convenga.

Charlie le miró con ojos inyectados en sangre, considerando aquello un desafío, pero en aquel momento se abrió la puerta de la casa y en el umbral apareció «La Reina de los Muertos».

En todo el cortejo se produjo como un movimiento de parálisis, de estupor, mientras los rumores se acallaban. Pat se dijo que seguramente todos estaban pensando lo mismo.

Todos pensaban que parecía increíble que aquella mujer que daba tal sensación de agilidad, de pujanza y de juventud fuera simplemente una paralítica.

Ella avanzó hasta llegar a la altura del carromato, moviendo hábilmente las ruedas de la silla.

—¿Quieren enterrarlo? —preguntó.

—¿Para qué crees que hemos venido hasta aquí, nena? —gruñó uno de los que iban en primera fila.

Grete dio dos rápidas palmadas, y entonces ocurrió un espectáculo que para ella debía ser normal, pero que para Sullivan resultó casi alucinante. Dos tipos encorvados, de brazos enormes, mandíbulas de gorila y cuerpo pequeño, aparecieron detrás de una lápida. Llevaban ropas negras medio deshilachadas, botas manchadas de tierra y barba de varios días. Verlos causaba como un escalofrío, como una extraña sensación de horror.

Probablemente eran hermanos, porque dos tipos tan monstruosos y tan iguales no podían haberse juntado por pura casualidad. Pero si fúnebre era la impresión que causaban viéndolos, peor fue la que causaron al oírles «hablar».

Ambos eran mudos.

Alguien, mucho tiempo atrás, debía haberles cortado la lengua, y se expresaban por medio de sonidos inarticulados que producían como un escalofrío, pero que sin embargo Grete debía entender muy bien. Ante las órdenes de ésta, tomaron cada uno una azada y se pusieron afanosamente a abrir una tumba en el lugar indicado por la

mujer.

Todos contemplaron aquella tarea en silencio y sin moverse, como paralizados por el horror.

La ceremonia duró apenas media hora. Transcurrido ese tiempo, Jim Quarter estaba ya bajo cinco palmos de tierra.

Luego Grete dio dos palmadas más.

Los hombres desaparecieron.

Sin poder evitarlo, Pat Sullivan tenía una sensación de vértigo, de pesadilla, como si acabara de salir de una borrachera y estuviese aún bajo los efectos de un maldito sueño.

SEIS

Sullivan fue hasta la habitación que tenía alquilada en el piso superior del *saloon* y abrió la puerta bostezando, como si quisiera ir a descansar. Pero al cerrarla, su expresión cambió por completo.

Todos sus músculos se tensaron, y sus ojos escrutaron la penumbra del departamento. Entonces se quitó las espuelas, como si realmente quisiera ir a descansar, pero no se quitó las botas.

Fue hasta la ventana y la abrió.

Por el callejón posterior del hotel no pasaba nadie, como de costumbre. Aquello sólo se animaba, le habían dicho, cuando llegaban manadas y los vaqueros borrachos se peleaban en aquel lugar por culpa de una mujer. Debido a eso, pudo salir tranquilamente, pasando las piernas por encima del alféizar, sin que nadie lo notase. Los restantes huéspedes del *saloon* debían creer que estaba ya dormido cuando él se pegó silenciosamente a la fachada, como un simio, hasta alcanzar el pasadizo de tablas.

Una vez allí, avanzó sin producir el menor ruido.

Como ya había observado la noche anterior, aquel pasadizo colgando sobre la calle iba a perderse en las profundidades de un enorme edificio contiguo que parecía un granero. Sullivan observó que por aquel pasadizo podía avanzar un hombre, y desde luego también una silla de ruedas si la persona que la manejaba era hábil y fuerte.

Como una sombra, penetró en el granero.

Todo era allí silencio, polvo y olvido. Sin duda el edificio estaba vacío y abandonado, y amenazaba ruina por varios sitios. Entre los tablones desunidos, silbaba el viento. Sus pies hicieron crujir las maderas semipodridas del altillo, mientras avanzaba.

Sullivan miró a su alrededor.

Ni un hálito de vida, ni un rumor se escuchaba en torno suyo, y sin embargo, allí había alguien. ¡Había alguien tras él!

Sullivan lo notó en el último instante, cuando los muelles de la silla de ruedas crujieron con suavidad.

Se volvió instantáneamente, mientras intentaba atrapar a la persona que estaba tras él, pero no llegó a tiempo.

Sólo pudo ver dos ojos, dos ojos brillantes y como fabricados con

metal, que relucían igual que los de una gata.

Luego los muelles volvieron a crujir.

Y a continuación nada. Pat Sullivan sintió en el cráneo un dolor vivísimo y tuvo entonces la sensación de que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

SIETE

La sensación de que el mundo daba vueltas en torno suyo no fue la única que tuvo Pat. También le pareció que el mundo entero se hundía.

Y algo de eso hubo realmente.

Las viejas tablas del granero, sobre las que Pat Sullivan cayó, estaban materialmente podridas y no pudieron desistir su peso. Varias de ellas crujieron alarmantemente, mientras Pat se sujetaba al suelo de una manera instintiva. Cuando las tablas se hundieron y él cayó al piso inferior, la misma sensación del peligro le había hecho recobrar el conocimiento.

Cayó sobre unos viejos sacos de grano medio consumidos por las ratas, y el nuevo golpe le hizo despabilarse casi por completo. Llevándose una mano a la frente miró aturdido hacia arriba y no vio nada a través del hueco que, al hundirse, habían dejado las tablas podridas.

No vio nada, pero oyó.

Oyó con claridad el siseo de unas ruedas con llanta de goma al deslizarse sobre el suelo para alejarse del hueco que podía significar una caída fatal.

Pat apretó los labios.

¿Unas ruedas... allí?

Sintió que la cabeza le daba vueltas otra vez. En aquel momento lo vio todo tan claro que el dolor le paralizó por completo.

¿Dolor? ¿Y qué le importaba a él Grete? ¿Qué le importaba si ella era una loca asesina?

Se puso en pie, respiró fuerte para intentar recuperar el dominio de sí mismo y unos instantes después trepaba por un viejo soporte de madera para intentar llegar al hueco por el que acababa de caer.

Se asió a las tablas por una parte en que éstas no parecían tan podridas y logró encaramarse.

El altillo del granero estaba silencioso como una tumba.

No se veía a nadie.

Sullivan miró en torno suyo y vio las huellas de las ruedas marcadas en el polvo, pero no vio eso solamente. En el borde mismo de las tablas había también una profunda cuchillada.

La persona que iba sentada en la silla de ruedas había intentado apuñalarle después de golpearle por la espalda haciéndole perder el conocimiento. Había intentado apuñalarle con toda comodidad, sobre seguro.

Pat Sullivan estaba vivo gracias a que habían cedido las tablas, haciéndole caer al piso inferior. De lo contrario estaría ahora tan muerto como Jim Quarter.

Sintió que sus labios se habían quedado secos.

¿Por qué quería Grete matarle? ¿Por qué también a él? ¿O quizá no le había reconocido en mitad de las tinieblas?

Como ya nada más podía hacer allí, resolvió volver a su habitación.

Fue por el pasadizo y luego saltó por su ventana.

Pero mientras estaba haciéndolo quedó inmóvil, como petrificado, con la boca abierta.

Porque mientras él entraba por la ventana, una mujer entraba por la puerta de su habitación.

* * *

Era una mujer de narices.

Tendría unos veinte años nada más, pero con todo lo que hay que tener a los veinte años y a los cincuenta. Iba vestida con un salto de cama, pues sin duda acababa de salir de una de las habitaciones contiguas. Pat creyó reconocer en ella a una de las bailarinas que al anochecer actuaban en el *saloon* de la planta baja.

Era una bailarina alta, esbelta, de estrecha cintura, caderas redondas y rostro medio angelical medio demoníaco, según como se la mirara. Además, en el tablado vestía decentemente, mientras que ahora no. Pat Sullivan sintió que se quedaba sin respiración.

—¿Es usted el ocupante de este cuarto? —preguntó secamente ella, quien por lo visto estaba mucho menos impresionada que el hombre.

—Sí. ¿Por qué?

—Entra como un ladrón.

—He oído un estrépito y he salido a ver lo que pasaba —mintió Pat tranquilamente.

—Yo también he entrado aquí porque he oído un estrépito —dijo ella—. He tenido la sensación de que un edificio entero se derrumbaba.

—Algo así ha ocurrido —aclaró Pat mientras terminaba de entrar por la ventana—. Ahí al lado hay un viejo granero de maderas medio podridas que por lo visto se han hundido en parte. He tenido suerte de no romperme la crisma.

Ella suspiró, aliviada.

—Menos mal. Creí que era esto lo que se venía abajo.

—¿Sabe que si usted me promete que no se va a marchar hundo a martillazos todo el edificio? —preguntó Sullivan.

La muchacha se apoyó en el quicio de la puerta, terminándola de cerrar casi del todo.

—¿De veras?

—¿Pruebo?

Sullivan se acercó lentamente. No sabía qué era lo que tenía aquella muchacha que llegaba a obsesionarle. Le parecía completamente distinta de como la había visto actuando en el tablado del *saloon.* Era como una flor recién abierta, algo que no se atrevía a tocar.

—No té he visto nunca por abajo, forastero —susurró ella.

—Estoy poco en el *saloon.*

—Lástima.

—Yo, en cambio, sí que recuerdo haberte visto a ti.

—¿Y nunca has intentado acercarte?

Pat sonrió, acercándose un poco más, mientras sus ojos taladraban el cuerpo de la mujer.

—Nunca.

—Pues lástima dos veces. Me llamo Natty.

Ella suspiró, como si estuviera muy cansada, y se dejó caer sobre un borde del lecho, sin preocuparse gran cosa del modo cómo quedaban los pliegues de su salto de cama. Los ojos de Pat Sullivan brillaron durante unos instantes.

Pero no fue por lo que la muchacha enseñaba o podía enseñar. Fue por lo que pensó.

De modo que aquella era Natty, es decir, la primera bailarina. Según había oído decir, Jim Quarter fue apuñalado mientras la estaba esperando. No era extraño suponer que Charlie también la pretendía, y ella debía buscar protección para librarse de las brutalidades del poderoso ranchero. Seguramente pensaba que él era un *gun-man.* Ocurría con frecuencia que la gente tomaba a Pat

Sullivan por un pistolero profesional a causa de su modo de llevar el revólver, de sus manos grandes y finas y sus ojos que parecían recortados de un pedazo de acero. No se sabía por qué, pero todos adivinaban instintivamente que Pat Sullivan estaba acostumbrado a matar, y no se equivocaban en eso.

Probablemente la muchacha pensaba lo mismo y buscaba en él un protector contra el poderoso Charlie.

Ella suspiró suavemente.

—Te llamas Pat Sullivan, ¿verdad?

—Sí. Veo que te han informado muy bien sobre mí.

—Tienes tipo de granuja.

—Vaya… No eres muy amable.

—Los granujas me gustan.

—Y a mí me gustan las chicas como tú. Pero, ¿qué quieres a cambio?

—¿Debo hablarte con claridad?

—Más vale, ¿no?

Ella cruzó las piernas.

—Quiero que seamos amigos.

—Y para conseguirlo estabas buscando un pretexto que te permitiera entrar en mi habitación, ¿no? El estrépito de ese pedazo de piso al hundirse te lo ha proporcionado.

—Supongamos que sea verdad.

—Supuesto. Y sé perfectamente para qué puede servirme tu amistad a mí. Pero, ¿para qué te servirá a ti la mía?

—Necesito que me protejas. Tienes pinta de pistolero profesional.

—¿Y contra quién he de protegerte?

—Contra un ranchero millonario llamado Charlie.

—No sé por qué me lo imaginaba, ¿qué infiernos quiere Charlie de ti?

—Soy para él un capricho, como lo era para su amigo Jim Quarter. Sólo hay una mujer que le guste más que yo; Grete *La Reina de los Muertos*. Pero Grete no se le pone a tiro. A mí en cambio, me ve todas las noches y piensa que tengo la obligación de ser una mujer fácil.

—¿No lo eres? —preguntó directamente Sullivan.

—Con hombres como Charlie no. Es una bestia humana. Si me lleva a su rancho y no complazco el menor de sus caprichos, es

capaz de matarme.

—Y piensas que yo he de tenerle a raya, ¿verdad? ¿Y por qué no has escogido a cualquiera de los acreditados pistoleros profesionales que pululan por la ciudad de Amarillo?

—Porque todos son como Charlie... o peores. Tú, en cambio, pareces distinto.

Natty se puso en pie, contoneándose levemente, de una manera sabia, con una picardía instintiva que hizo estremecer hasta las fibras más sensibles del hombre.

—¿Quieres... que seamos amigos?

Le echó los brazos al cuello y Pat, embriagado por su perfume, por el efluvio mágicamente juvenil que se desprendía de todo el cuerpo de la mujer, fue a besarla.

Pero en ese momento oyeron ambos el suave chirrido de unos muelles sonando junto a la puerta.

OCHO

Pat Sullivan soltó suavemente a la mujer. Fue ella la que no quiso separarse en el primer momento, y lanzó una imprecación al darse cuenta de que les molestaban.

—¿Pero quién diablos?... —empezó a decir.

Quedó como petrificada, como hipnotizada, frente a los ojos metálicos de Grete.

Porque Grete estaba allí.

Quieta, rígida, casi majestuosa en su silla de ruedas, con aquellas facciones impenetrables que nadie había sabido descifrar aún.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Grete? —preguntó Sullivan—. Yo creí que tu silla no te permitía subir las escaleras.

—Por el otro lado hay una puerta que comunica con una rampa. ¿No te habías fijado en ella?

—No.

—Pues por esa rampa hacen rodar hacia abajo los sacos de grano en la época en que se vacía el almacén. Y yo la he empleado para subir hasta aquí.

Pat apretó los labios.

De modo que ella no negaba que venía del granero...

De modo que hasta las últimas evidencias se las daba ella misma...

No supo por qué, pero sintió un dolor angustioso, profundo, que le penetraba hasta las entrañas.

—¿Qué quieres, Grete? —preguntó bruscamente.

—Nada. He alquilado una habitación para pasar aquí la noche. Después de hacer algunas compras se me ha hecho demasiado tarde y no he querido volver al cementerio.

—Comprendo.

—De modo que siento haberos interrumpido —añadió secamente Grete—. Podéis seguir el besuqueo sin estorbos. Voy a mi habitación.

Giró velozmente las ruedas y se dirigió a la puerta que se veía al final del pasillo.

Natty, que aún seguía con los brazos enlazados sobre el cuello de Sullivan, murmuró:

—Qué mujer tan extraña... ¿verdad?

—Cierto. Lo es.

—Hay en ella algo que da frío.

—Hay en ella algo que nadie puede comprender —dijo Sullivan con voz extrañamente ronca.

—Pero es bonita, ¿verdad? Yo diría que es diabólicamente bonita. Tiene algo que las demás mujeres no tenemos. Oye... ¿qué te pasa?

Pat Sullivan tenía la mirada perdida en el vacío, como si su mente se encontrara a mucha distancia de allí.

—Nada. Simplemente pienso que es una mujer extraña.

—Y ya no tienes ganas de besarme, ¿verdad?

Pat volvió la cabeza y la miró al fondo de los ojos.

—Si no te beso será mejor para ti.

—Piensa que puedes no tener otra oportunidad...

—Lo sentiría.

Ella se apartó suave y lánguidamente, pasando uní de sus dedos por encima de los labios del hombre.

—Espero que vengas a verme mañana por la noche. Actúo en un número extra. Cree que vale la pena.

—No me lo perderé.

Natty se alejó en la penumbra del pasillo, dirigiéndose a su habitación. Era la misma en que resultó apuñalado Jim Quarter, pero a la muchacha no parecía importarle demasiado eso.

Pareció como si una espesa tristeza se adueñara del lugar cuando ella desapareció tras la puerta.

Pat Sullivan cerró la suya también y empezó a desvestirse con movimientos lentos y expresión preocupada. Pensaba que, tras el tabique de madera, la muchacha debía estar desvistiéndose también.

Y así era.

Natty se desprendió del salto de cama, bostezó suavemente y lo dejó encima del biombo. Momentos después se tendía de nuevo en el lecho y apagaba la luz del quinqué.

No se dio cuenta de que algo brillaba entre las junturas del biombo. Algo que la hubiera hecho estremecer.

Un ojo humano que parecía tallado en metal y que la miraba con esta fijeza obsesionante que sólo tienen los ojos de las fieras.

NUEVE

Natty bostezó con cansancio, mientras se acurrucaba en la cama como una gata perezosa.

Sus hermosos miembros destacaban suavemente a la luz lunar que entraba por la ventana. Aquella luz sólo iluminaba el lecho, porque éste se encontraba colocado junto a la ventana, dejando casi absolutamente en tinieblas el resto de la habitación.

Fuera de ésta, en el largo pasillo, todo era silencio. El espectáculo del *saloon* había terminado ya, y sólo se oían los gritos destemplados de algún borracho muy de tarde en tarde.

De pronto a Natty le pareció oír pasos.

¿Era tal vez Charlie que se acercaba? ¿Charlie que pensaba llevársela a la fuerza de allí, sin que nadie osara oponerse?

Natty recordaba con horror lo que había ocurrido a otras mujeres. Sabía que Charlie no admitía la menor oposición a sus caprichos, y que era capaz de matarla si se resistía.

Temblando y sintiendo un sudor frío en las sienes, Natty se incorporó a medias en el lecho y miró hacia la puerta.

Esta estaba bien cerrada y con la llave echada por dentro. No había peligro.

Natty suspiró, mientras sus ojos vagaban por la íntima y agradable oscuridad de la pieza. De pronto sufrió un sobresalto.

No estaba segura, pero... ¿había dejado el biombo así? ¿No estaba antes casi arrimado a la pared, mientras que ahora aparecía bastante separado de ésta?

Sí, seguro. Alguien lo había tocado.

Alguien que estaba en la habitación...

Fue entonces cuando la muchacha oyó el siseo veloz de las ruedas, que se acercaban a ella con la rapidez de un reptil. Volvió la cabeza y entonces distinguió el siniestro relieve de la mujer sentada en la silla.

Fue a lanzar un grito, pero ni de eso tuvo tiempo.

El largo puñal rebrilló a unos centímetros de su garganta, mientras la figura sentada en la silla parecía encorvarse como la de una fiera. Cuando el puñal cayó, degollándola, Natty sólo pudo emitir un murmullo ahogado. Luego el puñal volvió a caer. Cayó

una, dos, tres veces.

Cuando la silla de ruedas se retiró, la bailarina no era ya más que una especie de muñeca rota.

En su cuerpo que antes fue hermoso y joven, no quedaba un hálito de vida. Por sus dos brazos caídos fuera del lecho, casi tocando el suelo, se deslizaba lentamente la sangre...

* * *

Pat Sullivan escuchó aquel ronco estertor.

A pesar de haber sido un sonido muy leve, caso inaudible para el que estuviera distraído, Pat se encontraba tan atento que inmediatamente saltó del lecho, poniéndose en pie. Unos segundos más le bastaron para llegar hasta la puerta abierta.

El pasillo, como de costumbre, estaba sumido en sombras.

No se veía el final del mismo, de modo que era posible que alguna persona estuviese pasando en aquel momento de una habitación a otra sin que él lo advirtiera. Pero de todos modos no lo creía.

Se encaminó a la habitación de Natty e hizo girar el pomo. Pero la puerta no cedió; estaba cerrada con llave por dentro.

Lanzando en voz baja una imprecación, Pat Sullivan retrocedió unos pasos. Podía estar equivocado y armar un escándalo para nada, pero de todos modos prefirió correr ese riesgo. Tomando impulso se lanzó en tromba contra la puerta, con la fuerza de un toro.

La puerta no cedió al primer impacto, pero sí al segundo. Saltó completamente de sus goznes, y Sullivan se encontró en el centro de la habitación.

La luz de la luna sólo iluminaba el lecho, pero para él fue suficiente.

Natty estaba de bruces sobre las ropas, doblada a medio camino entre la cama y el suelo, desangrándose velozmente por una ancha y profunda herida que tenía en el cuello.

Sullivan lanzó un sordo gruñido, parecido al de una fiera que se dispone a saltar.

Con manos temblorosas encendió el quinqué, porque necesitaba luz para ver con más detalle lo que había ocurrido en aquella habitación. Pero deliberadamente evitó mirar al lecho.

Sus ojos fueron hacia el biombo.

Tras éste, muy bien disimulada, había una puerta que daba a una pequeña terraza, puerta que seguramente debía abrirse pocas veces. Pero ahora estaba abierta y oscilaba muy suavemente a impulsos de la brisa nocturna. Sullivan fue hacia allí.

Salió a la terraza.

No cabía duda de que estaba siguiendo el mismo camino que había seguido la persona que asesinó a Natty. Pero una vez en la terraza se dio cuenta de que a ésta daban las puertas de tres habitaciones más. Se detuvo un momento, perplejo.

Pero aquella perplejidad duró sólo unos segundos. Calculó cuál debía ser la puerta que daba a la habitación ocupada por Grete y la abrió de un tremendo puntapié, lanzándola a tierra.

Grete estaba allí.

La vio sentada en la cama, junto a su silla de ruedas, desde la que, por lo visto, había podido saltar al lecho con gran facilidad. Se estaba desvistiendo, y sólo llevaba la blanca combinación de cintura para arriba. Su piel tersa, joven, limpia, iluminada por la luz del cercano quinqué, era como una llamada que el hombre, a pesar de todo, no pudo desoír.

Se detuvo durante unas fracciones de segundo, mirándola incrédulo, como si dudara de que pudiese existir una mujer tan hermosa.

Ella no se inmutó, a pesar de que entre la entrada de Pat y la de un huracán había existido muy poca diferencia.

—¿Qué quieres? ¿Es que te has empeñado en hacer polvo el edificio en una sola noche? ¿Por qué no lo rompes poco a poco y así estaremos todos más tranquilos?

Pat balbució solamente:

—¡Perra!...

No supo cómo lo hizo. Más tarde, al pensar en aquello, no recordó ni siquiera haber sido él el autor de aquel acto. Pero de pronto se encontró con la mano alzada sobre el rostro de Grete, y la descargó por dos veces con todas sus fuerzas mientras repetía:

—¡Perra!...

Grete cayó sobre el lecho blandamente, sin un gemido, mientras sus labios partidos se teñían de sangre.

Pat Sullivan, ciego de ira, fue a seguir golpeándola, a pesar de

que nunca había pegado a una mujer. Pero ahora no sabía lo que se hacía. Estaba como obsesionado, como loco. Pero en aquel momento alguien abrió bruscamente la puerta que daba al pasillo.

Tres hombres armados de revólveres le encañonaron. Uno de ellos lucía sobre el chaleco una estrella de cinco puntas.

—Quieto, Sullivan.

Sullivan se detuvo, mirándoles con ojos entrecerrados.

—¿Por qué golpeaba a esta mujer?

Antes de que él pudiera responder, Grete dijo desde el lecho:

—No me golpeaba, *sheriff*. Sólo me estaba amenazando. ¿Cree que se hubiera atrevido ese rufián a ponerme la mano encima?

—¿Y esa sangre de los labios? —gruñó el *sheriff*—. ¿Cómo se la ha hecho? ¿Qué clase de besos le dan a usted, hermana?

Ella guardó un silencio confuso, mientras se incorporaba muy lentamente, moviendo sólo los miembros superiores de su cuerpo. De rodillas para abajo parecía una muerta.

Fue Sullivan el que respondió:

—Está bien, la he golpeado. ¿Y qué?

—Eso es delito en el condado. Maltratar a las mujeres y a los caballos está penado por la ley. De modo que suelte el revólver, amigo, y venga a visitar la cárcel. Hay unas camas estupendas.

—¿Es que han venido directamente aquí? —preguntó Sullivan, incrédulo—. ¿No han visto lo que hay dos puertas más abajo?

—Hemos oído unos golpes y no nos hemos entretenido —gruñó el de la estrella—. Me alegro de que hayamos llegado a tiempo.

—Pues vaya a ver lo que hay en esa otra habitación. Han hecho mal en pasar de largo por delante de ella.

El *sheriff* lanzó un gruñido, y mientras sus dos ayudantes continuaban encañonando a Sullivan fue a la habitación que poco antes ocupara la bailarina Natty. Cuando regresó, le temblaban las manos y tenía las facciones de color tierra.

—¿Qué dice ahora? —preguntó Sullivan.

—Digo que es el segundo crimen que se comete aquí, maldito bastardo, y que en los dos, ha estado usted demasiado cerca de la víctima. Voy a sacarle todo lo que sepa aunque tenga que romperle tres veces la culata en la cabeza. ¡Suelte el cinto canana y levante las manos o le dejo seco aquí mismo! ¡Obedezca, perro!

Hacía mucho tiempo que nadie llamaba perro a Pat Sullivan, y

éste no estaba dispuesto a aguantarlo. Se lanzó en tromba contra el *sheriff,* con los puños por delante, olvidándose de que el representante de la ley tenía un revólver en la derecha.

Y no vaciló en emplearlo.

El *sheriff* apretó el gatillo y Sullivan lanzó un gemido de dolor, cuando el plomo atravesó de lado a lado su mano derecha.

DIEZ

De todos modos costó mucho reducirle.

Los dos ayudantes del *sheriff* se lanzaron sobre él entre improperios y maldiciones, pero Sullivan los rechazó a los dos, uno de un puntapié y al otro de un gancho con la mano izquierda.

Cayeron sobre el *sheriff,* que se tambaleó estando a punto de caer él también.

—¡Quieto de una maldita vez! ¡Quieto o te aso!

Sullivan no obedeció tampoco. Era ya como un caballo desbocado que no veía, que no pensaba. Su puño derecho tinto en sangre cayó sobre el *sheriff,* que recibió el impacto en pleno rostro y se, desplomó hacia atrás, mientras soltaba el revólver.

Pero sus dos ayudantes no se estuvieron quietos.

Eran tipos fuertes que poco antes habían sido vaqueros, y según se rumoreaba, antes que vaqueros habían sido vacas. Uno de ellos embistió a Sullivan con la cabeza y le tumbó por el suelo. El segundo movió la pierna derecha y le golpeó en los riñones con todas sus fuerzas.

Sullivan boqueó, sintiendo que le faltaba la respiración.

Un nuevo puntapié, este al hígado, le hizo doblarse como un ovillo, sintiendo que le fallaban las fuerzas. Los dos hombres se abalanzaron entonces sobre él, con las culatas levantadas, y las dejaron caer al mismo tiempo. Todo el cuerpo de Sullivan sufrió una crispación, mientras los dos agentes levantaban de nuevo las culatas, para dejarlas caer por segunda vez.

Grete suplicó:

—¡Basta!...

Las dos culatas se abatieron de nuevo sobre el cráneo de Sullivan, que quedó inmóvil.

El *sheriff* gruñó:

—Basta ya. Sacadlo.

Sullivan fue sacado a rastras de la habitación y llevado a la

planta baja, donde empezó a despabilarse a pesar de tener la cabeza llena de sangre. Pero cuando se dio cuenta exacta de lo que sucedía estaba ya tras los barrotes de una celda.

El *sheriff,* sentado en la mesa de su oficina, le miraba pensativamente mientras bebía largos tragos de su botella de whisky.

—Ha sido usted un imbécil, hijo mío —suspiró—. No sólo tiene la mano atravesada, sino que si llega a resistir un poco más le hacemos papilla la cabeza. ¿Qué quería? ¿Vencer a tres hombres?

Pat Sullivan se miró tristemente la mano derecha, que alguien lé había vendado mientras estaba semiinconsciente. Todo el cuerpo le dolía, pero aun así sacudió la verja con la mano izquierda.

—¡Sáqueme de aquí, maldita sea! ¡Sáqueme de aquí!

El *sheriff* le pasó a través de los barrotes la botella de whisky.

—Tome y eche un trago. Y ahora duerma, si es que quiere seguir viviendo. Mañana veremos lo que se hace con usted.

A la mañana siguiente Pat se sentía algo más despejado cuando llegó el médico para curarle de nuevo la mano y echar un vistazo a las heridas de la cabeza. Pero no por eso había disminuido su inquietud.

—No podrá disparar nunca más con esta mano —dijo el médico —. Eso es lo que ha ganado con ponerse tonto. Si sabe disparar con la izquierda aún podrá defenderse alguna vez, pero si no...

—Sé disparar con la izquierda, aunque no es mi fuerte. ¿Tardará esto en curar?

—Unos pocos días, aunque llevará la mano vendada durante un mes. Y ahora le dejo. El *sheriff* quiere hablarle.

En efecto, el de la estrella entró poco después. Tenía una paciencia inagotable y unas ganas tremendas de hablar. Además debía haber nacido para sabueso, porque estuvo interrogándole durante horas y horas, preguntándole siempre las mismas cosas, para hacerle caer. Pero no atrapó en ninguna contradicción a Sullivan, por la sencilla razón de que éste era inocente y todas sus palabras sonaban a verdad. No obstante, Sullivan no quiso acusar a Grete. Dijo que lo que había sucedido en la habitación de la muchacha era una bronca por motivos íntimos, y se negó a aclarar nada más.

De mala gana, el juez tuvo que ponerle en libertad transcurridos

tres días.

—Lo siento, pero voy a soltarle. No tengo ninguna acusación sólida salvo el haberle visto cerca de las víctimas, y eso es poco para el jurado. Pero será mejor que se largue de la ciudad, Sullivan. Su facha no me gusta.

Sullivan no contestó.

Con la mano derecha todavía vendada, y llevando el revólver a la izquierda, salió a la calle, sin saber que alguien en la ciudad de Amarillo, le había condenado a muerte.

Y la sentencia iba a ejecutarse antes de las veinticuatro horas.

ONCE

Cuando Pat Sullivan salió a la calle, después de abandonar su celda, la noche se había adueñado ya de la ciudad.

Todas las luces de los *saloons* estaban encendidas, y había en las calles mucha más animación que de ordinario. Se veía por allí a muchos vaqueros ya medio borrachos y buscando bronca, por lo que Pat dedujo que debía haber llegado alguna manada que estaría acampada en las afueras de la ciudad.

Eso significaba tiroteos, gritos y peleas durante toda la noche. Significaba también que al día siguiente habría trabajo en el cementerio de Amarillo.

Pero Sullivan se encogió de hombros.

¿Qué más daba?

Con la mano derecha vendada, sabiendo que si le atacaban tendría menos de un cincuenta por cien de posibilidades, se encaminó a pie hacia el cementerio.

Después de dos días de inmovilidad en la celda, prefería no sacar su caballo de la cuadra. Andar le haría bien.

Al llegar a los árboles que lindaban con el cementerio, vio que había luz en la casa donde habitaba «La Reina de los Muertos».

Pat se acercó a ella, hizo girar el pomo y empujó la puerta.

Grete estaba allí, sentada en su silla, con el busto erguido y mirando precisamente hacia la puerta, como si le esperase.

Miró su mano derecha vendada antes de decir con suavidad:

—Fuiste un idiota.

—Sí, claro que lo fui —susurró él—. Debí haberte matado cien veces antes de que ellos llegaran.

—¿Tanto te importaba aquella chica?

Pat notó como un extraño pálpito, como un desafío, en los ojos de la mujer. Con una sonrisa cuadrada, cerró la puerta a su espalda.

—No, no me interesaba —dijo lentamente—. No he venido a Amarillo para conquistar mujeres, aunque éstas sean las primeras bailarinas de un *saloon.* Pero esta vez has ido demasiado lejos, muchacha. La muerte de Jim Quarter aún podía tener una lejana justificación, pero no así la de Natty. Lo que hiciste fue un sucio asesinato.

Su voz tensa, reconcentrada, no pareció causar el menor efecto en Grete, que continuaba sosteniéndole la mirada, impávida y fría como una verdadera esfinge.

—¿Y qué? —musitó, como si le desafiara.

—Estoy dispuesto a que pagues por lo que hiciste, Grete. Estoy dispuesto a que lo lamentes durante toda tu cochina vida.

Y Pat Sullivan, que había estado apoyado en la puerta hasta aquel momento, avanzó poco a poco hacia la mujer, mientras en sus ojos brillaba una lucecita cruel y fría.

Ella no se movió.

Ninguno de los dos sospechaba lo que en aquel momento ocurría a pocas yardas de la choza.

Cuando Pat salió de la cárcel, un par de hombres que parecían estar fumando tranquilamente en el porche frontero se pusieron en movimiento. Uno de ellos fue hacia el *saloon* contiguo, y el otro se encaminó a una cuadra pública.

En el *saloon* estaba Charlie, sentado en su sillón como si fuera un rey, con una bailarina joven encima de cada rodilla.

—¿Qué ocurre, Bott?

—El tipo ha salido, jefe.

—¿Sullivan?

—Acaba de pasar por delante de mis narices.

—¿Y adónde se dirige?

—Supongo que al cementerio. Al menos esa era la dirección que llevaba hace un momento.

Charlie torció el gesto.

—Tendrá alguna cita con aquella mujer, a pesar de todo. Buen momento para quitarle de enmedio a él y darle una lección a ella. ¿Y los caballos?

—Finney ha ido a buscarlos.

—Pues no perdamos un minuto. Vosotras... ¡Fuera!

De dos empellones derribó a las dos bailarinas por el suelo, sin que ellas hicieran gesto de ofenderse. Al contrario, le correspondieron con una servil sonrisa. Algunos hombres de los que estaban en la barra miraron a Charlie con ojos llameantes, al ver a las chicas maltratadas de aquel modo, pero ninguno se atrevió a intervenir.

Charlie y Bott salieron a la calle.

Finney, entretanto, había ido a la cuadra pública, donde había cuatro hombres más, pertenecientes al equipo de Charlie. Todos ellos estaban alerta porque se les había dado el soplo de que Pat Sullivan saldría aquella misma noche.

Finney les dio la orden.

—Id pronto al *saloon* de Evans. El jefe está allí.

Todos estaban unos minutos después silenciosamente congregados en el lugar propuesto. Uno de ellos llevaba de la brida el caballo pinto de Charlie, al que éste montó de un salto.

—Vamos al cementerio —decidió—, pero al paso por el momento, sin armar ruido. Quiero cazar a ese par de conejos dentro de la madriguera, cuando estén en lo mejor.

Siguieron a Sullivan, sin que éste lo advirtiera, manteniéndose siempre a una prudente distancia. Y cuando le vieron entrar en la casa, se abrieron en abanico tras desmontar de los caballos y reunirlos todos entre los árboles.

En total eran seis hombres, sin contar al propio Charlie. Resultaban más que suficientes para llevarse a la fuerza a una mujer paralítica y para liquidar a un tipo que no podía valerse de su mano derecha.

Pero lo mismo Grete que Sullivan ignoraban el peligro que para ellos se cernía en el exterior de la cabaña.

Sólo pensaban uno en el otro, sólo parecían pensar en destruirse... y precisamente aquella noche.

* * *

Sullivan avanzó lentamente hacia la mujer.

Ella seguía mirándole con ojos desafiantes, quietos, sin un parpadeo y sin un asomo de temor.

La mano izquierda del hombre se tendió poco a poco. Grete siguió sin parpadear, quieta como una esfinge a pesar de sentir que los dedos se clavaban en su cuello.

Sin aparente esfuerzo, como si ella fuera una muñeca, Sullivan la levantó sosteniéndola con su mano izquierda. Supo que le cortaba la respiración, que estaba a punto de ahogarla, y se dio cuenta de que cualquier otra mujer, en el lugar de Grete, se habría puesto a sollozar o a pedir auxilio. Pero Grete no lo hizo. Ella seguía mirándole con sus ojos desafiantes, quietos, mientras sus labios

intensamente rojos se entreabrían a unos centímetros de los del hombre.

Pat susurró:

—¿No tienes nada que decir antes de que te deje inutilizada para siempre? ¿No hay nada, ni una sola palabra, que puedas alegar en tu disculpa?

Ella preguntó por entre sus labios entreabiertos:

—¿Qué piensas hacer? ¿Estrangularme?

—Sería demasiado fácil y al mismo tiempo demasiado piadoso para ti. Pienso hacer algo que no te permitirá acuchillar a nadie más: Voy a romperte en diez pedazos la muñeca derecha. Sé hacerlo de modo que los huesos no vuelvan a soldarse nunca. Te juro que sé hacerlo.

—Deberías haber hecho algo mucho más sencillo que eso.

—¿El qué?

—Denunciarme al *sheriff*. El está deseando cazar al culpable, pero no se le ha ocurrido que éste pueda ser una mujer paralítica. ¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué me has protegido con tu silencio?

Pat dijo la verdad, aunque le dolía decirla.

—No lo sé.

—¿Y por qué pierdes el tiempo? ¿Por qué no me rompes la muñeca... de una vez?

La mano izquierda de Pat Sullivan temblaba. No era por el peso de la mujer, a la que sostenía en vilo, ni era tampoco porque le faltasen deseos de cumplir su amenaza. Era... no sabía por qué. Parecía como si algún veneno se le hubiese metido en la sangre, como si algo a lo que no sabía dar nombre le estuviese gritando el nombre de Grete desde lo más profundo de su conciencia. No sabía lo que era pero su mano temblaba, temblaba espantosamente.

Ella insistió, a punto de quedar sin respiración:

—¿Por qué... no lo haces de una vez?

Pat no supo lo que le ocurría, porque quería sinceramente vengar a la muchacha muerta. Pero lo terrible fue que no lo pensó, que algo que estaba por encima de sí mismo se apoderó de él. Bruscamente se encontró soltando el cuello de la mujer y enlazándola febrilmente con los dos brazos, torciéndole la cintura como si quisiera rompérsela, besando ávidamente su boca.

Ella no se resistió. Sus brazos quedaron quietos, rígidos a lo largo

del cuerpo, mientras él la besaba. Sus labios se entreabrieron sólo un poco ante la caricia, pero aquello fue suficiente para enloquecer a Pat.

No supo lo que le ocurría. En realidad no recordaba que jamás hubiese sucedido aquello.

Era como una fiebre, como una maldición.

Mientras besaba su boca, Pat se maldijo a sí mismo, se llamó perro y pensó que era un miserable por no poder resistir aquella pasión avasalladora. Pero cuanto más pensaba en ello, más fuerte, irresistible y maldita era la tentación que Grete ejercía sobre él. Más prisionero se sentía de la boca de aquella mujer que, no teniendo nada al parecer lo tenía todo.

Si en aquel momento Grete le hubiera atravesado con su puñal, Sullivan ni siquiera se habría dado cuenta.

Pero ella no lo hizo. No, diablos.

Lo único que hizo fue pegar más su boca a la de él y enroscarle los brazos al cuello.

Así estaban cuando la puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció la maciza figura de Charlie.

Charlie sufrió una sacudida al ver a aquella mujer, a la que él deseaba intensamente, temblar en brazos de otro hombre.

Sintió deseos de disparar sobre los dos, pero pensó que Grete, muerta, no le serviría de nada. Más le valdría liquidar al hombre y luego llevarse a Grete para su rancho aquella misma noche.

Suavemente dijo, mientras desenfundaba el revólver:

—Muy bien, amigos. Habéis estado magníficos los dos.

Pat soltó poco a poco a la mujer, depositándola sobre la silla, mientras se daba cuenta de que el rostro de Grete había palidecido intensamente. Pero no se volvió ni hizo el menor gesto sospechoso, para evitar que el que estaba en la puerta disparase.

Luego miró a Charlie.

—Debí haberme imaginado que vendría —susurró.

—Sí, ¿eh? ¿Y por qué debía haberlo imaginado?

—Porque ya sabía que es un perro que está ansiando destrozar a esta mujer.

La crispación del rostro de Charlie fue violenta y salvaje. Extrajo el revólver, pero vio que Sullivan tenía la mano izquierda muy cerca de la culata, y temió no ser más rápido que él, a pesar de la ventaja

que ya tenía. Por eso decidió que sus hombres hicieran el trabajo.

—Desabróchate el cinto y alza las manos —ordenó—. No hagas resistencia o será peor para ti.

—¿De veras?

—Si quieres provocar un tiroteo, ella morirá también.

Pat sabía que Charlie deseaba a la muchacha y que no la quería muerta, sino viva. Por eso se dijo que Grete no corría peligro inmediato, aunque él ofreciera resistencia.

Mientras simulaba llevar las manos a la hebilla de su cinto-canana, se dejó caer a tierra velozmente. Al propio tiempo sus dedos apresaron la culata del revólver.

Charlie disparó contra él, pero con excesivo nerviosismo, mientras se volvía para gritar:

—¡Cuidado, muchachos!

Prudentemente se echó para atrás, quedando oculto tras la puerta mientras volvía a apretar el gatillo, pero ahora sin apuntar.

Las balas atravesaron inútilmente el suelo de tablas.

Pat Sullivan dio un empujón a la silla de ruedas de la mujer, para enviarla hacia un ángulo que estuviera más protegido de las balas, y él se lanzó en tromba contra la única ventana que no daba al mismo lado que la puerta.

Entre un estrépito infernal de disparos y de cristales rotos cayó rodando sobre la tierra húmeda del cementerio.

Mientras daba vueltas sobre sí mismo, para desorientar a sus enemigos, vio a éstos.

Eran seis. Y Charlie, que estaba junto a la puerta, siete.

Una bonita combinación para enviarle al infierno, desde luego. Pero les iba a dar trabajo.

Con el revólver engarfiado en la mano izquierda, hizo fuego contra el primero de aquellos hombres que le había visto. Era un tipo pequeño, escurridizo, que llevaba un rifle de cañón corto y que le estaba apuntando con él. Pat ni siquiera llegó a saber nunca que aquel fulano se llamaba Bott.

De un balazo entre las cejas le partió en dos la cabeza.

Pero ahora ya estaba descubierto, porque los otros cinco le habían visto también. Sólo contaba con un factor favorable, que era la oscuridad del cementerio y el gran número de lápidas de grueso mármol que podían ofrecerle protección.

Saltó tras una de ellas, mientras su figura era siluetada por las balas. Los pistoleros de Charlie ni siquiera pensaron en protegerse.

Para el más cercano de ellos, su inconsciencia le resultó fatal.

Pat movió el revólver sólo unas centésimas de pulgada, como si su brazo fuera un resorte mecánico de gran precisión, y apretó el gatillo. Un hombre alto, que corría hacia él, se llevó ambas manos al corazón y cayó de rodillas mientras exhalaba un gemido, antes de morir.

Pat nunca supo que el hombre se había llamado Finnley.

Vio que otro de los hombres corría hacia él, intentando envolverle. Pegado a la lápida, entrecerró los ojos y disparó por tercera vez, fallando. El pistolero de Charlie se arrojó de un salto a tierra, al darse cuenta de que la bala le había rozado la cabeza, pero otro proyectil fue más rápido que él.

Pat Sullivan había gastado su cuarta bala.

Esta alcanzó al hombre en su caída y le atravesó las sienes de lado a lado. Cuando el pistolero tocó tierra, estaba ya muerto.

En menos de tres minutos Pat Sullivan había matado a tres hombres. Sólo quedaban otros tres y el propio Charlie, pero aun así el resultado de la pelea no parecía dudoso.

Mientras Pat disparaba contra un hombre, no podía fijarse en los otros. Por eso los otros tomaron posiciones cómodamente, dispuestos a batirle. Pat se encontró atacado por delante, por la derecha y por la izquierda, mientras un nuevo enemigo corría a apostarse a su espalda.

Este era el más peligroso, el que podía matarle con más comodidad.

Pat sabía que sólo le quedaban dos balas, y que con la mano derecha inutilizada no podría recargar el revólver con la suficiente velocidad. Tenía, pues, que intentar aprovecharlas, aunque el resultado final fuera el mismo: la muerte para él.

Contorsionándose, disparó contra el enemigo que corría a su espalda.

Ni el mejor tirador del mundo acierta sin apuntar. Pat falló, mientras el nerviosismo se apoderaba de él al saber que sólo le quedaba una bala.

De todos modos ahora apuntó bien. Comprendió que el enemigo iba a cobijarse tras una gruesa lápida de mármol, a la que tardaría

en llegar un par de segundos. Lo cazaría en el camino.

Dirigió la boca de su revólver a un punto de la trayectoria por la que forzosamente su enemigo tendría que pasar y apretó el gatillo, calculándolo todo a la décima de segundo.

Pero ocurrió algo inesperado.

Su enemigo, antes de llegar a aquel punto donde tenía que cruzarse con la muerte, fue tragado por la tierra.

Pat lanzó una imprecación, al comprender instantáneamente lo que había sucedido: El pistolero acababa de caer sin saberlo en una fosa vacía que estaba preparada para el día siguiente. Aquello, sin saberlo él tampoco, le había salvado la vida.

Sullivan comprendió que estaba perdido, pero ahora ya era tarde para lamentarlo.

Sintió en su espalda el frío de la muerte.

DOCE

Charlie también lo vio todo seguro. Había perdido a tres hombres, pero ahora ya tenía a Sullivan en la ratonera. Podía liquidarlo perfectamente sin correr más riesgos.

Por eso gritó:

—¡Lo tienes bien, Lufford! ¡El ha disparado seis balas y no tiene más que un revólver! ¡Puedes acribillarlo tranquilamente! ¡Dale! ¡Dale bien, infiernos!

Pat Sullivan comprendió que iba a morir, pero aun así recargó el revólver lo más velozmente que pudo. Su orgullo de pistolero le exigía morir disparando, y él calculó que aún tendría tiempo de apretar el gatillo una vez, aunque aquello sólo sirviera para hacer más honroso su propio funeral.

Lufford apuntó.

El blanco era tan fácil, a pesar de la oscuridad, que aún vaciló unos segundos eligiendo sitio para la bala. ¿Sería mejor enviarlo al infierno de un tiro a la cabeza? ¿O convendría más hacerle sufrir disparándole a las piernas?

Durante esos segundos de vacilación, algo se movió a su espalda.

Unos arbustos.

Había unos arbustos altos detrás de la fosa, a los que él no había prestado atención. De pronto se ladearon, apartados por dos manos rápidas y decididas. Lufford volvió la cabeza y entonces lanzó un grito de sorpresa y al mismo tiempo de horror.

Vio la silla de ruedas. Vio a Grete, que había llegado hasta allí y le estaba mirando con ojos quietos, obsesionantes, parecidos a los de una muerta.

Grete, que llevaba un cuchillo en la mano derecha.

Lufford aulló:

—¡Maldit...!

Antes de terminar la frase alzó el revólver, dispuesto a tirar contra la nueva e inesperada enemiga, pero ni de eso tuvo tiempo.

De pronto el cuchillo rasgó el aire como una lengua de acero, lanzado por la mano de Grete.

Y aquella lengua de acero se clavó hasta las cachas en el corazón de Lufford, que emitió un gruñido ronco y se fue doblando

lentamente…

El último pensamiento que tuvo fue que le enterrarían allí, que ya estaba en su propia fosa.

TRECE

Por un momento Charlie y sus pistoleros quedaron paralizados *a* causa del horror. Había algo de espectral, de sobrenatural casi, en la aparición de aquella mujer que repartía en silencio la muerte. Durante unos segundos no se pudo oír en el cementerio ni una respiración, ni el crujido de un dedo al moverse.

El único que quedó paralizado por el asombro fue Pat Sullivan, dado que él ya sabía que Grete era una asesina. ¿Qué de extraño tenía que hubiese liquidado a aquel pistolero clavándole un cuchillo en el corazón?

No supo bien por qué, pero una honda pena, un profundo dolor le acometió al ver confirmadas de aquel modo todas sus sospechas.

—¡Vete, Grete! —aulló—. ¡Vete pronto de aquí!...

La advertencia no estaba de más, porque Charlie, ciego de ira, quería vengar a su pistolero muerto. Alzó el revólver y en aquel momento Pat le envió su única bala, apuntando a la cabeza.

A causa de la oscuridad, que le impedía medir bien las distancias, no le alcanzó del todo. El proyectil fue a dar en un ángulo de una de las lápidas y dos de las esquirlas alcanzaron a Charlie, una en la mejilla y otra en la mano derecha. Aunque las heridas no tuvieron importancia, fueron lo bastante dolorosas para que el poderoso ranchero se olvidara de disparar, lanzase un grito y se acurrucara detrás de otra lápida.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Hay que retroceder! ¡Aprisa!

Sus hombres corrieron por entre las tumbas, abandonando a los muertos, confiados en que Pat Sullivan no habría tenido tiempo para cargar su revólver con más de una bala. El mismo Charlie fue el primero en perderse por entre los árboles, mientras Grette se llevaba una mano a los ojos, como si estuviera bajo los efectos de una pesadilla.

Pat la miró.

Tuvo que apretar los labios con rabia al pensar que ella, tan hermosa, con aquella mirada tan directa y tan limpia, no era más que una extraña e implacable máquina de matar.

Vio que hacía girar las ruedas y se dirigía hacia la casa. Era maravillosa la habilidad con que ella manejaba su silla, igual que si

formara parte de su cuerpo. Pat Sullivan salió de detrás del parapeto que le ofrecía la lápida y recorrió uno a uno, velozmente, los puestos en que aún estaban los hombres a los que tumbó. Pero ya no podía hacer nada por ninguno de ellos; estaban bien muertos.

Caminó hacia la casa.

Vio a Grete quieta en el interior, en su silla, de ruedas, tal como la viera antes. Desde el umbral de la puerta, él dijo:

—Gracias por haberme salvado. Supongo que de no ser por ti...

No llegó a terminar la frase.

En aquel momento las facciones de Grete se crisparon mientras gritaba:

—¡Cuidado!...

Pat oyó un ruido a su espalda y quiso volverse, pero ya no pudo. Vio borrosamente la figura de Charlie, que había aparecido detrás de una lápida. Y el fogonazo de su revólver le cegó durante unos segundos.

Cuando pudo abrir los ojos sentía ya un dolor horrible sobre el pulmón izquierdo, mientras todo su cuerpo era sacudido por un estremecimiento. Abrió la boca, respirando con angustia, y por entre los dientes exhaló un hilillo de sangre.

No había contado con que Charlie era astuto y con que difícilmente abandonaba una presa. Al verle dirigirse hacia la casa había pensado que en un momento u otro le cazaría de espaldas y a cierta distancia. Y así había sido efectivamente.

Con la misma rapidez con que llegara hasta allí, Charlie se perdió entre las sombras.

Pat hizo un esfuerzo terrible por mantenerse en pie, un esfuerzo titánico, pero fue imposible. Sus rodillas fallaron y cayó pesadamente a tierra, mientras veía algo que mil veces hubiera deseado no ver.

Grete se ponía en pie.

Grete se había puesto en pie, abandonando la silla de ruedas.

¡Y avanzaba hacia él!...

* * *

Lo imaginaba... Lo había imaginado cien veces, aunque no quisiera confesármelo a mí mismo. Ella, Grete, no podía ser una

paralítica. Ella nos ha engañado a todos con el cuento de su maldita silla de ruedas… Ella puede moverse con más rapidez que yo.

Los pensamientos iban y venían, se agitaban como gigantescos peces en el mar de niebla que envolvía su cerebro.

Pat deliraba.

Sus labios se entreabrían cada vez que aquellos pensamientos volvían otra vez.

—Nos ha engañado… Nos ha engañado a todos pero yo lo imaginaba… Debí habérselo dicho antes…

La voz, que parecía llegar desde muy lejos, preguntó:

—¿Qué es lo que tenías que haberme dicho?

Pat Sullivan abrió los ojos. Vio la habitación de la casita del cementerio, donde le habían herido. Se dio cuenta de que aún estaba tendido en el suelo, y junto a él vio las ruedas de la silla de Grete.

Alzó la cabeza.

Grete le miraba con sus ojos fríos, distantes, tras los que parecía ocultarse un enigma.

—¿Qué es lo que tenías que haberme dicho? —repitió.

—Tú… no eres paralítica. Te has levantado antes de la silla de ruedas. Yo lo he visto…

Se sentía muy débil y le costaba hablar. Vio que ella movía la cabeza dubitativamente, como con pena.

—Has debido sufrir una alucinación, hermano. Yo no puedo moverme de esta silla de ruedas.

Sullivan se miró el pecho, que tenía vendado por debajo de la camisa desabrochada. No era un vendaje vulgar; estaba hecho por manos expertas.

—Desde la silla de ruedas no has podido curarme así —musitó—. Hubieras tenido que inclinarte demasiado.

—Es que puedo hacerlo.

Ella dobló la cintura fácilmente, hasta tocar el suelo con los dedos. No movía las piernas, pero en el resto del cuerpo su flexibilidad era maravillosa.

—Has debido sufrir una alucinación —repitió—. Pero de todos modos te doy las gracias, Pat; me haces muy feliz al suponer que ando.

A través de las brumas que aún nublaban su cerebro, Pat Sullivan la miró con más atención. ¿Qué era en realidad aquella mujer?

¿Hasta dónde podía llegar su diabólica capacidad de fingimiento?

—¿Desde cuándo odias a todo el mundo? —susurró con voz tensa—. ¿Desde cuándo matas por el placer de matar?

—Esta vez he matado por salvarte —contestó ella—. No me quedaba otro remedio.

—¿Y Jim Quarter? Jim Quarter estaba dormido. ¿Y Natty? No me dirás que a ella también tuviste que matarla porque no te quedaba otro remedio. ¿Qué especie de demonio interior te impulsa a hacer lo que haces, Grete?

Ella apretó los labios.

—¡Calla! ¡Calla de una maldita vez!

—Está bien —dijo Pat, intentando incorporarse—. De nada va a servir discutir eso contigo. Me has salvado la piel en lugar de arrancármela, y debo estarte agradecido. ¿Qué pasó exactamente? Sólo puedo recordar que de pronto vi a Charlie detrás mío.

—Pues sabiendo eso ya lo sabes todo. El creyó que no estaba todo perdido y tuvo razón; por eso te siguió, para aprovechar la oportunidad que tú le diste al confiarte demasiado. Hizo un solo disparo, y al verte caer pensó que te había alcanzado bien. Unos instantes más tarde se había perdido entre las sombras.

—¿Por qué no te mató a ti?

Ella apretó los labios y luego los separó en lo que parecía una estrecha sonrisa.

—A mí me quiere para otra cosa. Muerta no le sirvo de nada. Viva, en cambio, sí. Imagino que a partir de ahora van a empezar para mí horas muy amargas. Charlie no es de los que sueltan su presa.

Sullivan notó que todo su cuerpo le dolía horriblemente. No podía incorporarse.

—Siento no poder pagarte el favor que me has hecho. Estoy más inútil que un mulo muerto. ¿Dónde me han atizado? Me duele tanto todo el cuerpo que no sé dónde tengo la bala.

—La bala ha salido por la espalda, de modo que has tenido mucha suerte. Apenas ha rozado el pulmón. Pero tendrás que estarte quieto, porque si no te expones a una hemorragia.

—No puedo quedarme a vivir aquí.

—¿Por qué no? Yo te cuidaré.

—Y será un motivo más para que Charlie venga a terminar su

trabajo.

—Tengo quien me defienda. Hasta ahora no han intervenido, pero lo harán a una simple señal mía.

—¿A quiénes te refieres?

—A mis dos ayudantes. A los dos hermanos mudos que has visto abriendo las sepulturas.

Cerrando un momento los ojos añadió:

—Unos cuatreros les cortaron la lengua cuando eran niños, para que no pudiesen delatarles. Desde entonces nadie les ha hecho caso. Todo el mundo les ha tratado como unos perros… excepto yo.

—Y harán cualquier cosa por ayudarte, ¿verdad?

—Llegarán hasta la muerte. Por simple iniciativa no moverán un dedo, pues son como muñecos. Pero en cuanto se lo indique matarán diez veces si es necesario. Charlie sabe eso, y creo que esa es la razón de que no haya perdido el tiempo en averiguar si te había liquidado o no… Nadie en su sano juicio se expondría, estando solo, a un ataque de esos dos hombres.

—Pero Charlie tiene muchos vaqueros. He oído decir que su equipo es uno de los más numerosos de Texas.

—Tú lo has reducido bastante.

—¿Y qué? No sólo tiene su equipo, sino también el de Jim Quarter. Ambos eran amigos inseparables. Le bastará pedir ayuda si la necesita para reunir un verdadero ejército.

Grete se encogió de hombros.

—Así es. ¿Pero qué puedo hacer para evitarlo? Lo que ocurra ocurrirá a su tiempo. Vamos, deja de pensar en ello. ¿Puedes llegar hasta la cama del rincón?

—Tú no puedes ayudarme, ¿verdad?

—No, no puedo. Soy una pobre paralítica.

Pat sonrió con una mueca dolorosa, mientras se ponía en pie.

—¿Hasta cuándo vas a mentir?… ¿Hasta cuándo vas a jugar a… la chica buena?

Fue a decir algo más, pero ya no pudo.

Cayó sobre el lecho igual que si lo hubieran fulminado, vencido por el dolor, sintiendo como si todo el costado izquierdo de su pecho se rompiera en pedazos.

Grete, sin que él se diera cuenta ya, extendió los brazos y lo colocó bien sobre el lecho, mientras comenzaba a oírse el galope de

dos caballos en la distancia.

Instantes después el médico titular de Amarillo entraba en la pequeña casa, acompañado por los dos monstruosos hermanos, que por orden de Grete habían ido en su busca.

Ambos habían llegado hasta allí montados en un mismo caballo, como si fueran un solo cuerpo.

CATORCE

El médico examinó concienzudamente la herida de Sullivan y al fin dictaminó en voz baja:

—La bala no ha hecho más que rozarle el pulmón, porque de otro modo este hombre no lo contaría. Pero aun así debe estar unos días sin hacer movimiento alguno. ¿Dónde va a quedarse?

—Aquí.

El médico miró a «La Reina de los Muertos», que le había contestado con expresión reconcentrada y firme.

—¿Sabe lo que dice? Antes de que sus ayudantes vinieran en mi busca había oído ya decir que este hombre y Charlie se la tenían jurada, de modo que supongo que Charlie es el autor de este balazo. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Entonces permita que le diga que está usted loca, Grete. Charlie vendrá a terminar su trabajo, y si ese hombre se halla entonces cerca de usted... los liquidará a los dos.

—Charlie piensa hacer eso de todos modos. Por lo tanto lo que tenga que ocurrir ocurrirá. Yo estaré prevenida.

El médico se encogió de hombros.

—Está bien, no voy a meterme en sus asuntos, pero lo único que puedo decirle es que están en buen sitio los dos. Así, cuando los maten, no habrá que trasladarlos al cementerio. No le importará que no vuelva, ¿verdad? Simple precaución para evitar que los hombres de Charlie me encuentren aquí cuando decidan organizar la gran escabechina. De todos modos aplique esto al herido cada vez que le haga una cura. No va a necesitarme para más.

Tendió a Grete una botellita llena de un líquido espeso y oscuro, y que acababa de sacar de su maletín.

—Gracias. ¿Qué le debo por su visita?

—No me pague nada con tal de que no vuelva a llamarme.

—Tiene miedo a Charlie, ¿eh?

—Cualquiera lo tendría. Sus hombres no apuntarán el día que decidan liquidarles. Simplemente tirarán al bulto, y si yo estoy cerca recibiré también. ¿Es que ha pensado seriamente que podrá enfrentarse a la fuerza de esos hombres?

—Yo no he pensado nada —dijo Grete con los ojos semicerrados —. Pero supongo que, a pesar de todo su poderío, sería Charlie, quien se pondría a temblar si una noche despertara y me viese junto a su cama. Y no hablemos más, doctor. Vuelva a Amarillo y no comente nada de lo que ha ocurrido aquí.

—Es mi obligación. No diré nada.

Y el médico salió a toda velocidad, temiendo a cada momento encontrarse con los hombres de Charlie, que volvían al ataque.

Pero Charlie ya había tenido bastante por aquella noche.

Ahora necesitaba divertirse un poco, y por eso fue al *saloon* de Evans, donde estaba antes de que vinieran a buscarle.

Poco más tarde volvía a tener una bailarina en cada rodilla y reía escandalosamente.

* * *

Durante dos días Pat Sullivan no supo si estaba en la tierra o en el infierno.

El costado le dolía de un modo horrible, y se sentía tan débil que era incapaz de dar vueltas en el lecho, para buscar una mejor postura. Pero al tercer día el dolor cedió, empezó a decrecer la fiebre y pudo abrir los ojos dándose cuenta de dónde estaba.

Pudo ver a aquellos dos seres monstruosos que eran los ayudantes de Grete inclinados sobre él. Por lo visto eran ellos los que le habían cuidado durante aquellos dos días de delirio. Continuaba en la misma habitación de la casita del cementerio, y de la muchacha no se veía ni rastro.

Uno de los dos hermanos, al ver que abría los ojos, le sonrió con una sonrisa que dulcificaba extrañamente su rostro.

—Gracias —musitó Pat—. Supongo que sois vosotros los que habéis estado cuidando…

Los dos movieron a un tiempo la cabeza como si fueran muñecos mecánicos. Dentro de lo horribles que eran, aquel modo de decir que sí resultaba cómico.

—¿Y Grete?

Uno de los dos hizo un gesto con los dedos, indicando que se había ido.

—¿Adónde?

Una mano señaló hacia el norte e hizo un par de gestos indicando que muy lejos. Fue todo lo que Pat pudo sacar.

—¿Cuántos días hace?

La misma mano levantó dos dedos.

—Dos días... Diablos, eso sí que es extraño. ¿Adónde habrá ido? ¿Qué era lo que le ocurría?

Ninguno de los dos hombres hizo el menor gesto. Sullivan comprendió que habían recibido órdenes y que no les sacaría una palabra más.

Volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada y respiró con fatiga.

En cierto modo se alegraba de que Grete se hubiera ido, de que ya no estuviese allí.

Muchas veces había pensado que su obligación era denunciarla al *sheriff,* pero hacer eso significaba para él un golpe. Así, estando ella lejos, se ahorraba aquel mal trago. Mejor que no volviese nunca.

¿Mejor?...

Nunca hubiera imaginado que la ausencia de una mujer pudiera dejar tal vacío en su vida, una amargura tan densa.

¿Al fin y al cabo por qué? ¿No era ella una asesina? ¿No era una mujer que debía ir a la horca?

Todas estas reflexiones se las hacía Sullivan, pero mientras su cerebro le decía «Sí», su corazón le gritaba apasionadamente: «¡No!»

No, jamás podría olvidarla. Por muchos años que transcurrieran nunca podría olvidar los ojos de Grete, aquellos ojos que la hacían distinta de todas las otras mujeres del mundo.

Durante veinticuatro horas más descansó, pero al siguiente anochecer aprovechó un momento en que nadie se preocupaba de él para vestirse y asearse, sacar de su cobertizo el carromato en que se transportaba a los muertos y engancharle el caballo.

Hecho esto, obligó al animal a dar un rodeo para no pasar por la ciudad de Amarillo y luego trotó hacia el norte, hacia la frontera del Estado.

¿Pero hacia qué lugar del Norte?

Pat sólo sabía una cosa. Durante sus horas de fiebre, uno de los ayudantes de Grete debía haberle secado el sudor con un liviano vestido blanco que pertenecía a la muchacha, y que luego dejó al alcance de su mano. Más tarde Sullivan pudo ver que en aquel vestido, sobre el cuello, había bordado en letras rojas un pequeñísimo nombre: Selben.

Selben era uno de los ranchos más ricos del norte de Tejas. Y llevado por una inspiración, por un sentimiento al que no sabía dar nombre, Pat Sullivan se encaminaba hacia allí.

* * *

La ruta no era larga, pero a Pat se le hizo interminable a causa de la debilidad y la fiebre que aún le acometía cada anochecer. Menos mal que, al ir sobre un carromato, podía tenderse durante largas horas, mientras el caballo avanzaba, y así su fatiga no era tan grande.

La herida presentaba muy buen aspecto y ya no le dolía. Sólo sentía las molestias propias de la cicatrización.

Pero no dejaba de darse cuenta de que estaba indefenso. Con la mano derecha no podía empuñar el revólver, mientras que con la izquierda apenas podía «sacar», porque tenía todo el costado izquierdo como acartonado a causa de la herida.

De todos modos no tuvo ningún tropiezo en el camino, que hizo siempre por senderos solitarios y dando un rodeo para evitar las poblaciones.

Llegó a rancho Selben dos días después de su salida de Amarillo, cuando la noche caía sobre la llanura.

Rancho Selben era un lugar aislado e inmenso. Enormes extensiones de pastizales alimentaban a miles y miles de cabezas de ganado vacuno que valían una auténtica fortuna. Los edificios del rancho eran amplios, limpios y parecían siempre nuevos. Ahora mismo, cuando Pat Sullivan llegó a verlos, relucían en la llanura como una joya.

«Deben celebrar alguna fiesta —pensó él, sin interés—. Todas las luces están encendidas.»

Antes de llegar al rancho tenía que pasar por un villorrio llamado Flaner, donde sólo había unas cuantas casas, un par de cuadras y un almacén. Pat entró en el almacén preguntando si podían venderle ropas nuevas y si era posible tomar un baño.

—Tenemos un hermoso barril ahí fuera, y una bomba de agua —dijo el dueño—. Pero está helada.

—No importa. Lo que quiero es afeitarme y sacudirme el polvo. Mientras tanto prepáreme unas ropas decentes en sustitución de estas.

Sullivan empleó una hora en arreglarse, mientras miraba a lo

lejos, a través de la llanura, las luces de rancho Selben.

«¿Qué estarán celebrando ahí? —se preguntó—. ¿Qué clase de fiesta? Desde luego parecen no haber reparado en gastos…»

También se preguntó Sullivan, mientras se ponía ropa limpia, por qué diablos había llegado hasta aquí.

¿Qué tenía que ver Grete con rancho Selben? Quizá a ella le habían regalado aquel vestido o lo había comprado en cualquier sitio. Quizá no tenía que ver nada con rancho Selben. ¿Por qué diablos había ido él allí?

De todos modos ya estaba hecho.

Sullivan creía en las inspiraciones y en los sentimientos instintos. Al ver aquella inscripción, Selben, en el vestido, Pat había pensado que Grete tenía algo que ver con uno de los ranchos más ricos y famosos de Tejas. Y ahora podía averiguarlo.

Sólo tenía que ir hasta el rancho y preguntar allí.

Pagó las ropas y preguntó al dueño del almacén qué era lo que estaba sucediendo en el rancho.

—Dan una fiesta.

—Pues deben haber gastado mucho dinero. Está todo iluminado y se ven muchos carruajes en las cercanías.

—El viejo Selben siempre da fiestas maravillosas, a pesar de que él no puede verlas.

—¿Qué quiere decir?

El dueño del almacén le miró de hito en hito.

—¿Es que no lo sabía?

—¿Saber qué?

—El viejo Selben está ciego.

Pat Sullivan apretó los labios y miró el conjunto de edificios que, a lo lejos, seguían brillando como una joya.

—Diantre… —susurró—. No lo imaginaba.

—Está ciego desde hace varios años. Tres o cuatro quizá.

—¿Algún accidente?

—¡Oh, no! Una enfermedad. Selben no es viejo, aunque aquí todos le consideremos como si lo fuera. Pero ha llevado una vida retraída y triste desde que murió su mujer y unos cuatreros raptaron a la muchacha a la que quería como si fuera una hija.

Pat volvió la cabeza.

—¿Una hija?

—Sí. ¿Tampoco sabía eso?

—No sabía nada del viejo Selben. Puede decirse que he venido aquí por casualidad. ¿Cómo se llama esa muchacha a la que él quería como una hija y raptaron los cuatreros? ¿Recuerda su nombre?

—Parece que lo pregunta con mucha ansiedad...

—Me interesa. Le juro que me interesa.

—Muy bien, entonces se lo diré. La muchacha a la que raptaron se llamaba Grete.

QUINCE

Sullivan dejó el carromato en el poblado, montó a caballo sin ponerle silla y se encaminó a rancho Selben.

Cuando estaba a menos de media milla escuchó la música. Varios violines interpretaban maravillosamente un vals. A través de las ventanas iluminadas se divisaban siluetas moviéndose, que seguramente pertenecían a parejas que daban vueltas y más vueltas al compás de la danza.

Como ya había visto desde lejos, más de quince carruajes se hallaban estacionados ante el edificio principal. Un tipo bien vestido, con un rifle bajo el brazo, los guardaba.

Pat le saludó llevándose la mano derecha al ala del sombrero.

—Buenas noches, amigo. ¿Dan aquí una fiesta?

—Sí, pero sólo es para los invitados. Y no crea que el viejo Selben invita a cualquiera.

—Ya lo imagino, pero al menos darán hospitalidad por una noche.

—Eso no se niega nunca, y menos en ocasiones como ésta. Puede dormir en el pabellón dé los peones, que es aquel de la izquierda. ¡Ah! Pero antes pase por la cocina a que le den una buena tajada de bisonte y una jarra de cerveza. Hoy cena gratis todo el mundo.

—Gracias. ¿Por dónde se va a las cocinas?

—Entre por el salón y luego tuerza a la izquierda. Pero no vaya donde están los invitados, ¿eh? No quiero líos.

Sullivan descendió de su montura.

—Descuide.

Amarrando su caballo al amarradero que había a un lado del edificio, penetró en éste. Antes de doblar a la izquierda se llegaba a un gran recibidor donde había varios sillones y una doncella negra con una bandeja conteniendo tentadores vasos de whisky. Pero Pat no se fijó en eso, a pesar de que tenía sed.

Sus ojos fueron presos inmediatamente por el gran retrato que colgaba sobre la pared principal del recibidor.

Era el retrato de una muchacha muy hermosa, de extraños y metálicos ojos que parecían mirar hacia el infinito.

Pat Sullivan la conocía bien, muy bien. Porque era ni más ni

menos que Grete.

DIECISEIS

Pat Sullivan ni siquiera llegó a las inmensas cocinas del rancho, donde hubiera podido saciar su apetito después de las dos penosas jornadas de viaje. Al ver aquel retrato, dio media vuelta y se dirigió de nuevo al lugar donde había dejado su caballo.

El hombre que montaba guardia ante el edificio principal del rancho, le miró extrañado.

—¿Qué sucede? ¿Es que ha cambiado de opinión?

—No tengo apetito.

—Pero, hombre, un poco de carne asada y una buena jarra de cerveza a nadie le vienen mal, aunque esté desganado.

—Gracias, prefiero no entrar.

El guardián le miró con suspicacia, como si adivinara sus pensamientos.

—¿Tiene eso algo que ver con el cuadro que hay a la entrada? ¿Conoce a la chica?

—Puede. Es la hija del viejo Selben, ¿verdad?

—Sí.

Sullivan se mordió los labios.

Si Grete había sido raptada por unos cuatreros tiempo atrás, ¿cómo estaba ahora allí? ¿Es que su padre no había notado nada, a pesar de ser ciego? ¿Es que no habían notado nada los capataces del rancho, que debían llevar muchos años allí? Había algo en todo aquello que Sullivan no entendía. ¿Cómo podía ser Grete, la hija del opulento ranchero Selben, hermana de la mujer a la que él tuvo que ver ajusticiar en una cárcel de Texas?

Se pasó un momento la mano derecha por los ojos, como si quisiera alejar todos aquellos pensamientos.

—¿Qué le pasa? —preguntó el guardián—. ¿Está seguro de que no necesita un buen trago?

—No, no lo necesito, gracias. Nada puedo hacer ya aquí, ¿sabe? Perdone.

Desamarró su caballo, montó en él y se encaminó al trote hacia el límite sur del rancho.

Pero no llegó muy lejos.

* * *

Cuando estaba a unas tres millas de los edificios, pasado ya el villorrio donde dejara su carromato, detuvo el caballo en lo alto de una colina y miró hacia atrás.

Sus ojos acostumbrados a atisbar en la distancia le permitían distinguid la iluminación de los edificios como si estuviera junto a ellos. Por eso supo que la fiesta continuaba.

Bueno, mejor.

Tenía mucho tiempo.

Desmontó del caballo y dejó al animal pacer a su capricho por la colina, mientras él, sentado en la hierba, contemplaba los lejanos edificios del rancho.

Estuvo así hasta el amanecer.

Con las primeras luces del alba, la fiesta cesó, y algunos de los invitados comenzaron a montar en sus carruajes y a alejarse en todas direcciones, conduciendo con pulso poco seguro.

Pat Sullivan ocultó entonces su caballo entre los árboles, y él mismo se ocultó también para no ser visto por ninguno de los que pasaban por las cercanías, de regreso a sus ranchos.

Algunos pasaron casi rozándole, pero no le vieron.

Eran en su totalidad gentes bien vestidas, ostentosas, que hablaban por sí solas de la calidad de la fiesta que había dado el viejo Selben.

Pero a Sullivan no le interesaban esas personas. Sullivan esperaba otra cosa muy distinta.

Por fin, cuando entre los árboles vio salir a una mujer vestida con ropas vaqueras, la cual montaba a la jineta un brioso caballo negro, sus ojos se animaron.

Sullivan estaba seguro de no equivocarse. Tenía que ser Grete. Y, en efecto, lo era.

La muchacha llevaba ropas masculinas, un revólver al cinto y un rifle automático en la funda. Montaba perfectamente, y desde luego, no tenía aspecto de paralítica ni mucho menos. Incluso Sullivan estaba dispuesto a afirmar que montaba mejor que muchísimos hombres.

Con el caballo que llevaba era muy difícil darle alcance. Aquel corcel negro, que devoraba las distancias como un verdadero diablo, resultaba la mejor garantía para la muchacha en aquel peligroso viaje. Sólo matando antes al animal podría alguien dominarla.

Sullivan montó en su jamelgo.

Era un penco viejo y cansado que de ningún modo podía competir con el caballo de Grete, pero Pat había tenido tiempo sobrado para estudiar el terreno y sabía dónde cortarle el paso.

Surgió bruscamente de entre los árboles, cuando ella enfilaba el camino a gran velocidad.

Grete demostró entonces que tenía una gran rapidez de reflejos y que era más peligrosa que muchos hombres. Extrajo el revólver con velocidad centelleante y se dispuso a hacer fuego, pero Pat había «sacado» ya. La muchacha, al reconocerle, lanzó un ronco grito donde el asombro se mezclaba al miedo.

—¡Su..., Sullivan!

—Detén tu caballo, Grete.

Grete obedeció.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—No es que me encuentre perfectamente —sonrió él, aproximándose poco a poco—, pero valía la pena hacer este viaje por comprobar que, como sospechaba, eres mitad mujer mitad diablo.

—¿Por qué dices eso?

—Basta mirarte. ¿Qué hay de común entre tú y la paralítica que asesina a hombres y mujeres en la ciudad de Amarillo? ¿Cómo una heredera de un rancho que vale millones cuida de enterrar a los muertos en el cementerio de una ciudad donde no hay más que vaqueros borrachos y pistoleros mugrientos?

Ella apretó los labios, mientras espoleaba a su caballo suavemente para seguir su camino. Sullivan se puso a su lado, forzando a su penco para seguir la marcha.

—Tendré que explicarte demasiadas cosas —dijo ella suavemente —. Y estoy pensando que hubiera sido mejor dejarte morir. No me has creado más que complicaciones desde que nos conocimos.

—Y tú a mí. Con la diferencia de que las preocupaciones que tú me has dado son bastante peores. Pero habla ya de una condenada vez. ¿Cómo te atreves a hacer este viaje sola?

—Tengo confianza en mi caballo y en mi revólver.

—Ya has visto que yo hubiera podido matarte.

—Es que los forajidos que merodean por estas tierras no suelen ser tan listos como tú, Pat.

No había ironía en la voz de la mujer. Ella hablaba completamente en serio; parecía estar segura de que sólo un hombre como Sullivan hubiera podido sorprenderla, y aun eso, después de examinar el terreno durante toda una noche.

—¿A qué has venido?

—A ver a mi padre.

—Tu padre es el ranchero Selben, claro.

—Claro. Clarísimo.

—¿Y por qué has venido ahora y de un modo tan repentino?

—Quería enterarme de una cosa.

—¿De qué?

—¿Es necesario que te lo diga?

—Creo que ha llegado el momento de que hablemos con franqueza, Grete. Con absoluta franqueza.

—En ese caso empieza por no llamarme Grete.

Sullivan parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo debo llamarte?

—Mi nombre es Silvia.

Los caballos descendieron en aquel momento por una suave pendiente. Ella aminoró la marcha del suyo, de modo que Pat pudo seguirla con más facilidad, hasta que alcanzaron el llano.

—¿Silvia? —musitó Pat.

—Eso he dicho.

—Entonces, ¿quién es Grete?

—Una muchacha a la que mi padre recogió cuando huía de su rancho, que había sido incendiado.

—Comprendo. Eso coincide con lo que me dijeron acerca de vuestro rancho.

—¿Es que piensas que te mentiría?

—No. Ya comprendo que no.

En aquel momento avistaban otro villorrio compuesto de cuatro casas que parecía aplastado en la llanura bajo el sol naciente.

Ella preguntó de una forma inesperada:

—¿Has comido ya? Seguro que no has probado bocado desde que saliste de Amarillo.

—No tanto, pero desde luego estoy bastante más flojo que mi caballo.

—Pues eso es una locura, después de la sangre que llegaste a

perder. Necesitas comer algo, y yo descansaré de paso. Estoy molida después de bailar toda]a noche fingiendo que me divertía en grande.

—Está bien; como quieras.

—Además, allí —prometió la muchacha— podremos seguir hablando.

Se detuvieron ante una cantina que había en la única calle del poblado y ataron los caballos al amarradero. Había ya otro caballo amarrado allí, pero no dieron ninguna importancia a ese detalle. Debió haberles llamado la atención que en la oscura cantina no hubiera ningún cliente visible, a pesar del caballo amarrado a la puerta, pero ambos estaban demasiado absortos en sus propios pensamientos para notar eso.

Se sentaron cada uno a un lado de la mesa, y la dueña del local, una vieja mitad mexicana mitad india les preparó unos huevos fritos con jamón ahumado, además de unas jarras de cerveza.

Mientras comían lentamente, ella preguntó:

—¿Qué más quieres saber?

—Todo. Es decir, acabas de explicarme quién es Grete en realidad, pero eso no es suficiente. De tus palabras deduzco que tú eres la hija legítima de Selben y que por consiguiente eres su heredera. Tu nombre es Silvia. De otro lado está Grete, a la que tu padre recogió cuando ella vagaba perdida después del incendio de su rancho. ¿Me equivoco?

—No. Todo fue como tú dices.

—¿Grete vivió con vosotros?

—Algún tiempo. Para mí se convirtió en una hermana.

—¿Y luego?

—Grete estaba un día dando un paseo a caballo cuando unos cuatreros la vieron muy cerca. Les pareció bonita.

Sullivan apretó los labios.

—No quiero que me expliques nada más.

—Pues es necesario, para que lo comprendas todo. Sé que a un hombre como tú le repugnan esas cosas, pero no comprenderás a Grete si no te explico lo que sucedió.

—¿Abusaron de ella?

—Sí.

—Supongo que eso explica el odio febril de Grete a todo el

mundo, y en especial a los hombres, ¿verdad?

—Aciertas otra vez.

—¿Y qué ocurrió más?

—Luego ella consiguió huir, pero a los tipos les pareció poco.

—¿Y se la llevaron de vuestro rancho?

—Fue por la noche, en un momento de distracción de nuestros hombres. Aún no me explico cómo sucedió.

Ninguno de los dos se acordaba de comer. Y a pesar de que habían bebido casi todo el contenido de sus jarras, tenían la boca seca.

Pat susurró:

—¿Qué sucedió luego?

—De todo tuve que enterarme un tiempo después, porque buscamos inútilmente a Grete durante días y días. Pero lo que supe fue lo siguiente: Aquella noche, en un momento de distracción de los vaqueros, ella había herido a dos de ellos... a puñaladas. Siempre me había asombrado lo bien que Grete manejaba el cuchillo, y esa noche demostró hasta la saciedad que era una experta con el arma blanca. Después de degollar a los dos hombres consiguió huir, pero los otros dos la persiguieron. No sé si te he dicho ya que los tipos eran cuatro.

—¿Y qué?

—Una bala alcanzó a Grete, lesionándola en la columna vertebral. Un día después, cuando ya había logrado despistarles y estaba cerca de la ciudad de Amarillo, tuvo un dolor fortísimo y se convirtió en una paralítica. Afortunadamente, allí la atendieron y, casi sin que se supiera cómo, la convirtieron en la vigilante del cementerio.

—Comprendido, pero en todo esto, ¿qué papel juegas tú?

—Yo había seguido la pista de Grete. Los dos cuatreros la seguían también, pero yo fui más lista. Y la encontré en el cementerio de Amarillo, convertida poco menos que en una loca y una visionaria.

—Después de lo que tuvo que sufrir, lo comprendo. Y en cierto modo me parece natural su odio.

—Pero yo quería salvarla. Quería que Grete volviera a ser lo que había sido... al menos en el sentido moral. Pero pronto me convencí de que eso era imposible.

—Y entonces la ocultaste en aquel granero abandonado y empezaste a cuidar de ella, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Por qué no volvisteis las dos a rancho Selben?

—Hubiera sido una locura y un peligro. ¿No te he dicho que Grete estaba como loca? Ansiaba matar.

—Comprendo.

—Lo único que podía hacer era intentar convencerla poco a poco, inspirarle confianza, curarla yo misma. Pero todo eso en un lugar donde no tuviera contacto con nadie.

—Ya me hago cargo. Pero, ¿por qué adoptaste tú su papel? ¿Por qué te convertiste en una falsa paralítica?

Silvia dijo con voz extrañamente ronca:

—Quería dar su merecido a aquellos dos tipos. Sabía que aún buscaban a Grete y quería que me tomasen por ella. Durante noches y noches soñé con volarles los ojos con las balas de mi revólver.

—¿No se sorprendió la gente de la ciudad? ¿No notó el cambio?

—Casi nadie había visto a Grete, excepto los dos ayudantes mudos del cementerio. Pero ellos no iban a decir nada; por otra parte, los traté con afecto y me tomaron cariño. Sé que me defenderán hasta la muerte, que harán cualquier cosa por mí. Por otra parte, como yo siempre bajaba a la ciudad de noche, pocos son los que verdaderamente han visto mi rostro, y creo que apenas nadie vio el de la auténtica Grete.

Hizo una pausa y susurró:

—Y ahora viene el momento de explicarte por qué he ido tan precipitadamente al rancho de mi padre. Por cierto, él ha estado tan contento que ha organizado una gran fiesta; no he podido evitarlo. Cree que estoy en Amarillo haciendo prácticas con un médico, pues siempre me gustó ser enfermera. Pero el motivo de mi viaje ha sido enterarme de si realmente aquellos cuatreros habían muerto, en cuyo caso mi vida actual ya no tenía sentido. Yo había oído rumores de que, efectivamente, estaban ya bajo tierra. Mi padre me los ha confirmado. Me ha dicho que se fueron al infierno con sus espuelas de plata y sus hermosos sombreros grises.

Pat Sullivan entrecerró un momento los ojos.

—¿Espuelas de plata? ¿Sombreros grises?

—Sí. ¿Es que sabes algo de ellos?

—No... Yo creo que no sé nada. Pero me gustaría que me dijeses... ¿Uno llevaba barba negra y otro un bigote rubio?

—Sí...

Pat Sullivan había cerrado un momento los ojos.

—¿Es que sabes algo? —inquirió ansiosamente ella.

—No... Sólo sé que están bien muertos. No debes pensar más en ellos, muchacha.

Unió las manos y dijo con una sonrisa burlona:

—Ya que el que acabó con ellos no tuvo piedad con sus cuerpos, espero que Dios haya tenido piedad de sus almas.

DIECISIETE

Después de un viaje que les pareció increíblemente largo y durante el cual no descansaron ni un solo momento, ambos llegaron a la ciudad de Amarillo, o mejor dicho, a su cementerio.

Era extraño, pero Pat Sullivan ya había llegado a considerar aquel sitio como su verdadero hogar. Si un hombre se puede sentir a gusto en un sitio donde reposan los muertos, ese hombre era él. Claro que a Pat, cuando llegó allí, podía considerársele en cierto modo como un muerto. La cabeza le dolía horriblemente, las fuerzas le fallaban, y todo el exceso que significaba haberse puesto en viaje con la herida aún reciente se acusaba ahora en su aspecto, que era el de un hombre que va a caer en cualquier momento de su caballo.

Silvia también estaba fatigada y pálida, pero desde luego se sentía más fuerte que el hombre.

Cuando llegaron a la vista del cementerio, ella susurró:

—Hiciste una gran imprudencia. Ahora deberás empezar de nuevo otra vez, si no quieres morir. Llamaré al médico y seguro que te dirá que estés una semana en cama, sin moverte.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Charlie no dejará las cosas como estaban. El se vengará de un modo u otro. Habrá buscado nuevos hombres para que le ayuden y nos atacará en el momento más inesperado.

Ella se mordió el labio inferior.

—No me preocupa exactamente eso, sino Grete.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque suele tener alimentos y ropa limpia para varios días, temo que la hayan descubierto o que haya cometido alguna nueva locura. Sabe Dios que mi intención fue ayudarla, pero no sé si arrepentirme de lo que he hecho por ella.

—¿Lo dices por las personas a las que ha matado?

—Sí. Cierto es… que nunca pude imaginar que su trastorno desembocara en eso.

—Ahora la ayudaremos con más eficacia —musitó Pat—. Un médico la examinará y…

De pronto detuvo su caballo, cortando la frase que ya estaba en

sus labios.

Ella preguntó:

—¿Qué sucede?

—Mira...

Silvia miró hacia donde él indicaba, hacia los árboles del fondo del cementerio. Y entonces sus labios se abrieron, mientras todo su cuerpo se crispaba, para lanzar un grito de horror.

DIECIOCHO

Lo que acababa de ver Silvia era una escena cien veces repetida en todos los lugares del Oeste, pero que en esta ocasión tomaba para ella un significado trágico.

Dos hombres ahorcados se balanceaban al extremo de sendas sogas, colgando de los árboles que había señalado Pat. Eran dos hombres extraños, de cuerpos pequeños, pero membrudos, igual que dos gorilas que no hubieran llegado a la edad adulta. La muchacha, incluso a aquella distancia, reconoció en seguida a sus dos ayudantes.

—Cielos... —susurró—. Cielos...

Pat hizo girar un poco su caballo, para tapar a los ojos de la muchacha aquella visión macabra.

—Ha tenido que ser Charlie —balbució ella—. Seguro que ha sido ese buitre, para quitarse enemigos de en medio...

—Quédate aquí, muchacha.

—Déjame ir contigo... ¡No te alejes!

—No me alejaré, Silvia. Voy sólo a cortar las cuerdas de las cuales penden esos hombres.

—Pero...

—Aguarda un instante. Charlie y su cuadrilla deben merodear por aquí cerca. Pero necesito ver a esos hombres desde pocos pasos para saber cuánto tiempo hace que los han ahorcado. Por ello adivinaremos si el peligro está próximo o no.

—Pat...

Sin aguardar el resto de la frase de la muchacha, él picó espuelas y se dirigió al galope hacia los dos ahorcados.

Sentía como si no tuviera la cabeza en su sitio. Las fuerzas empezaban a fallarle de una manera absoluta.

Silvia le miró alejarse. También sus ojos se habían nublado, también ella sentía como si la cabeza le diera vueltas. De pronto se daba cuenta no sólo de que estaba en peligro de muerte, sino de algo que en cierto modo era más importante aún: ella amaba a aquel hombre. Ella amaba desesperadamente a aquel hombre que ahora se alejaba hacia los dos ahorcados, y que posiblemente moriría con ella.

Cerró los ojos.

Era hermoso este sentimiento, a pesar de saber que no podría durar. Era hermoso aquel amor que no había hecho más que empezar, pero que marcaría las horas o los minutos que aún le quedaban de vida. Sus labios se entreabrieron para susurrar el nombre del hombre que ya lo era todo para ella.

Pat llegaba en aquel momento junto a los ahorcados.

Le bastó una leve ojeada para darse cuenta de que los habían linchado entre varios hombres y después de una lucha salvaje, pues los dos hermanos llevaban las ropas hechas jirones. Y aquella leve ojeada le bastó también para comprender que hacía muy poco rato que se balanceaban de una cuerda.

Charlie, pues, debía estar cerca de allí.

El peligro era inminente.

Volvió al trote junto a la muchacha y susurró:

—Deben estar cerca aún. Tienes que parapetarte en algún sitio, entre las lápidas. No sabemos por dónde pueden atacamos.

—¿Y tú?

—Yo me parapetaré también. Vamos, baja del caballo cuanto antes. Hemos de estar preparados.

Desmontaron velozmente y espantaron a las cabalgaduras con dos golpes en las ancas. Luego ellos corrieron a parapetarse entre las tumbas, tras las lápidas más gruesas.

Silvia quedó muy cerca de la casa; Pat más alejado de ella, pero cubriendo más ángulo de tiro.

Fue en ese momento cuando oyeron el sordo, el lento, el monótono galopar de los caballos.

Daban la sensación de que llenaban el horizonte, el mundo entero,. Debían ser cinco o seis nada más, pero sin embargo su llegada producía como un trueno que parecía llenar el silencio del cementerio. La muchacha apretó los labios en una mueca, mientras Pat hacía un terrible esfuerzo para mantenerse firme, para dominar aquel desvanecimiento y para que las manos no le temblasen en el momento de disparar.

Vio entonces a los seis jinetes que remontaban la suave colina donde estaba el cementerio.

Eran Charlie y cinco más. Charlie iba entre ellos, sin llamar especialmente la atención, para evitar que le dedicasen la primera

bala. Claro que, a juzgar por su actitud, aún no sabían que Pat y la muchacha estaban de regreso en el cementerio.

Charlie, malhumorado, decía efectivamente a sus hombres, en aquel preciso momento:

—Hemos dado una vuelta completa por las cercanías y no hemos encontrado nada. A esos dos se los ha tragado la tierra.

El hombre que estaba a su derecha, un endiablado tirador de rifle, masculló:

—Le advertí que ella estaba de viaje. Sin duda no ha regresado aún y habrá que esperar.

—Pero en algún momento tiene que volver. Ha dejado sus cosas en la casa. Además, no comprendo cómo pudo largarse, si está parcialmente paralítica.

—Pudo irse en un carromato. Por cierto, el carro donde se transporta a los muertos no está en su sitio, lo que significa que debo tener razón. Pero yo sólo oí decir que ella había marchado de viaje.

Charlie apretó los labios.

—Pues volverá. Y ahora que esos dos gorilas están ahorcados, podremos apostarnos en el cementerio. En cuanto regrese tendrá una bonita sorpresa, os lo juro.

En aquel momento vieron dos caballos, sin jinete, que descendían la colina por el lado opuesto e iban a perderse alegremente en la llanura, relinchando.

Los jinetes se detuvieron. Para todos, aquello sólo significó una cosa.

¡Pat y la muchacha habían vuelto! Sentada de lado sobre la silla o acostada sobre ella, la muchacha había logrado volver al cementerio, donde estaba su reino. Charlie se pasó la lengua por los labios, en un gesto de placer. ¡Su víctima estaba allí! ¡Había llegado el momento de la acción!

Alzó la mano derecha, con el revólver desenfundado en ella.

—¡Vamos, muchachos! ¡Los dos pájaros están aquí! ¡Abajo! ¡Hay que acorralarles!

Como impulsados por un mismo resorte, los seis hombres saltaron de los caballos a la vez. Los rifles y los revólveres brillaron en sus manos. Unos instantes más tarde se distribuían por entre las lápidas, intentando rodear el cementerio.

En parte podían conseguirlo, porque eran seis y conocían bien la técnica de la acción conjunta.

Pat se mordió el labio inferior.

Durante casi un largo minuto había tenido a tiro a los seis hombres, mientras éstos estuvieron parados a la entrada del cementerio. Pero no había disparado contra ellos por dos razones; la primera por costumbre, ya que jamás tiró contra un enemigo desprevenido, y tampoco quería hacerlo ahora; la segunda, porque le interesaba revelar su posición lo más tarde posible.

Preparó el revólver, donde había seis balas.

Los hombres de Charlie se movían sigilosamente entre las lápidas, como muertos que hubieran salido de sus tumbas. Aquello iba a convertirse en una batalla de ratas, en un combate casi cuerpo a cuerpo donde vencería el más astuto. Y el más astuto, por el momento iba a ser Charlie, quien ya había descubierto algo:

Las huellas dejadas en el polvo por las botas de Pat.

Este era un detalle que el mismo Pat no había tenido en cuenta. Aquellas huellas llevaban rectamente hacia la lápida que le servía de protección. ¡Y Charlie había descubierto aquella lápida!

—¡Fuego! —rugió—. ¡Allí!

Los seis hombres tiraron a la vez, como movidos por un mismo resorte. Pat, que no esperaba aquello, estuvo a punto de ser alcanzado por las balas, y una de ellas incluso le segó cabellos, mientras otra le arrancaba parte del lóbulo de la oreja derecha, haciéndole lanzar un gemido. Durante unos segundos creyó que estaba rodeado y que iba a morir.

Silvia se dispuso a ayudarle.

Todavía no había sido descubierta, y preocupados exclusivamente por Pat, los pistoleros de Charlie habían cometido la imprudencia de mostrarse de flanco ante sus ojos. Calculó que podría matar al menos a dos antes de que la descubriesen. Levantó el revólver…

Y en aquel momento sucedió algo inesperado.

Fue aquella esquirla de bala en cuya existencia ni siquiera se le hubiese ocurrido pensar. Uno de los proyectiles de Charlie, al rebotar en la lápida, se partió en dos y recorrió un largo trayecto de manera caprichosa. La esquirla tuvo fuerza suficiente para abollar el martillo del revólver que empuñaba la muchacha.

Esta apretó el gatillo, pero fue inútil. El percutor no llegaba a tocar el fulminante del cartucho. Lo hería en un lado solamente, sin llegar a provocar la explosión de la pólvora.

Aquel revólver ya no servía para nada. La muchacha forcejeó desesperadamente, mientras se cubría de la lluvia de balas y pensaba que en cualquier momento iba a oír el grito de agonía de Pat.

Pero Pat ya había reaccionado. Ya estaba dispuesto a todo, a matar y a morir.

Arrojándose al suelo, disparó rabiosamente por un costado de la lápida, mientras apretaba los dientes.

Casi aulló:

—¡Uno!

En efecto, un pistolero más atrevido que los otros había intentado lanzarse al asalto antes de tiempo. Y

Pat lo despachó de un solo balazo en el centro del corazón.

Dos más se acercaban disparando como locos, uno por cada lado de la sepultura.

Charlie aulló:

—¡Cubríos, imbéciles!

Se daba cuenta de que Pat era un endiablado pistolero y quería proteger a sus hombres, pero aquel aviso les resultó fatal. Durante unos brevísimos segundos, la voz de su jefe detuvo a los dos pistoleros en su carrera, haciéndoles vacilar. No supieron si lanzarse sobre la lápida, que estaba ya sólo a unos pasos, en cuyo caso se lo jugaban todo a una carta, o bien arrojarse a tierra según les ordenaba Charlie.

Aquella vacilación, pese a ser tan breve, dio tiempo a Pat para tomar la iniciativa. Disparó dos veces.

Y los dos hombres cayeron con las cabezas atravesadas, sin darse cuenta de que morían, sin exhalar un gemido siquiera.

Ahora ya sólo quedaban Charlie y dos pistoleros. Aunque mucho menos que al empezar el ataque, resultaban bastantes para liquidarle. El fin de la lucha estaba próximo, y Pat se daba cuenta de eso.

Sólo se trataba de saber a cuántos hombres conseguiría eliminar aún antes de que le cercenaran la cabeza con un balazo. ¿Uno? ¿Tal vez al propio Charlie? Sólo tenía que moverse para saberlo.

Los enemigos estaban encima.

Era el fin.

Pat se puso casi en pie, tropezándose con un pistolero de los dos que acompañaban a Charlie. Los dos hombres casi chocaron, tan cerca estaban. Dispararon a la vez y ambos cayeron hacia atrás lanzando aullidos, pero mientras la bala de Pat atravesó mortalmente el estómago de su enemigo, la de éste resultó desviada por el brazo. De todos modos, Pat cayó a tierra con un dolor intensísimo, soltando el revólver y sabiendo que ya no le quedaba ninguna posibilidad de defensa.

Charlie le dio por muerto. Giró en redondo, echando a correr hacia la casa del cementerio, mientras gritaba a su pistolero:

—¡Por si acaso, vacíale el tambor encima!

No quería dejar nada al azar; Pat tenía que morir, tenía que reventar con el cuerpo lleno de plomo.

Mientras tanto, Charlie corrió hacia la casa, empujando la puerta.

Y de pronto lanzó un grito de triunfo.

Porque la muchacha estaba allí... ¡Estaba allí, quieta, vuelta de espaldas a él, indefensa!

DIECINUEVE

Charlie se pasó la lengua por los labios, que se le habían quedado resecos a causa de la excitación.

Diablos, aquella mujer, aun vista de espaldas, resultaba impresionante. Era de lo más tentador que él había conocido. Ni siquiera la silla de ruedas en que ella estaba sentada lograba hacerla parecer menos bonita.

Charlie guardó el revólver. Las manos se le iban, sin notarlo, hacia el cuerpo de la muchacha.

Ahora ya era suya. Ella no podía defenderse, y el único hombre que hubiera podido significar un estorbo estaba prácticamente muerto. Ahora la hermosa, la inalcanzable Grete ya era suya.

Charlie avanzó un paso, dos...

Ella no se volvía.

Las manos sudorosas del hombre rozaron el cuello de la muchacha, su recta y fina espalda...

—Nena... —susurró.

Ella no contestaba. Ella permanecía quieta, rígida, en su silla de ruedas, sin volver la espalda, sin hacer un movimiento, como si fuese una estatua de cera.

Bruscamente a Charlie le dominó una sorda rabia. Le molestaba la pasividad de aquella mujer que no parecía tenerle ningún miedo. Pues iba a saber quién era él. Primero la acariciaría, la besaría y haría con ella lo que quisiese, y luego..., ¡luego le vaciaría en el cuerpo el tambor entero de su revólver! ¡Luego ya no le serviría para nada más!

Dio un brusco y salvaje tirón a la silla mientras gritaba:

—¡Vuélvete, maldita!

La silla se volvió hacia él. Y entonces Charlie vio los ojos, la boca de la mujer que estaba sentada en aquella silla.

Lanzó un grito de sorpresa, un ronco grito de horror.

Porque aquellos ojos helados eran como los ojos de la propia muerte. Porque la boca tenía un rictus cruel, satánico, inhumano. Porque aquella mujer no era la que él conocía..., ¡y porque en su mano derecha blandía un puñal!

—¡Grete! —aulló—. ¡Maldi...!

No pudo decir más.

Su grito se transformó en un ronco aullido, en un infernal gorgoteo, cuando el puñal se clavó una, dos, tres veces hasta lo más profundo de su cuerpo.

* * *

El grito infernal de Charlie llegó hasta los oídos del pistolero que se disponía a rematar a Pat.

Pat le estaba mirando. En sus labios florecía una sonrisa de desafío, de desprecio, mientras miraba el revólver que le estaba apuntando en mitad de los ojos.

Y no podía moverse, pero aceptaba la muerte con serenidad, con una especie de burla.

—Tira —gruñó—, tira pronto porque me estoy muriendo, amigo.

El pistolero fue a apretar el gatillo, pero en ese momento se oyó el grito infernal de Charlie.

Fue un grito de horror, de miedo, de agonía que produjo en el pistolero como una sacudida eléctrica.

Apretó el gatillo.

Había apuntado bien a Pat y a aquella distancia ,era difícil fallar, pero la terrible sacudida de su brazo hizo que la bala se desviara unas centésimas de pulgada, rozando sólo la cabeza del joven. Además, hay que hacer notar que el pistolero descargó su revólver de una forma mecánica, mirando hacia la cabaña en lugar de mirar hacia su enemigo.

Y es que cualquiera que hubiese oído aquel grito habría sentido que se le nublaba la vista y se le helaba la sangre en las venas.

El pistolero corrió hacia la cabaña, mientras Pat se tocaba la línea de sangre que el proyectil había dibujado en su cabeza y se arrastraba también hacia allí.

El pistolero abrió la puerta, y lo que vio le hizo lanzar un grito de horror y a la vez de furia.

Con los ojos desmesuradamente abiertos miró a Charlie, que se retorcía aullando en el suelo, bañado en su propia sangre, víctima de tres cuchilladas cada una de las cuales era necesariamente mortal.

Junto a él, sentada en una silla de ruedas, estaba la mujer más extraña que había visto. Una mujer de cuerpo diabólicamente hermoso, a pesar de su forzada quietud…, pero de rostro satánico, una mujer tras cuyos ojos se escondía algo horrible. ¡Una mujer en

cuya mirada palpitaba la propia muerte!

El *gun-man* alzó su revólver, guiado por el instinto, al ver brillar el cuchillo en la mano de aquella mujer.

Logró disparar y le atravesó el corazón. Pero lo hizo cuando ya la hoja de acero, lanzada hábilmente por Grete, surcaba el aire como la lengua de una víbora.

Todo el cuerpo del pistolero se contorsionó.

El puñal penetró hasta el fondo de su corazón, atravesándolo, y la hoja pareció vibrar en él como si tuviese vida.

El pistolero lanzó un grito ronco, angustioso, y cayó a tierra sin vida, sobre el cadáver del propio Charlie.

Luego se produjo un instante de denso, de horrible, de absoluto silencio.

* * *

Silvia y Pat entraron casi a la vez. Los dos contuvieron un gemido al ver el tenebroso cuadro.

Grete muerta sobre la silla, rozando casi con los pies los cadáveres de Charlie y su último pistolero. Grete cuyo rostro, en los últimos espasmos de la agonía, parecía haberse purificado, parecía haber vuelto a nacer...

—Al verla de espaldas, Charlie debió creer que era yo —musitó Silvia—. ¡Y se encontró con la misma muerte! Grete había ocupado mi lugar, y con eso me salvó la vida.

—Debió querer volver al cementerio. Ella sí que era la auténtica reina de todo esto.

Silvia le miró intensamente a los ojos.

—Yo ya no quiero serlo más, Pat.

—Entonces, vámonos. Olvidemos este maldito cementerio. Olvidémoslo todo.

—¿Podrás andar, Pat?

—Contigo... hasta donde sea.

Retrocedieron los dos. Su mirada se había nublado, sus ojos estaban turbios. Y al alejarse del cementerio de la ciudad, la muchacha pensó que ya para siempre dejaría de ser La Reina de los Muertos.

Pero era mejor así, mil veces mejor así. Ahora se había convertido en la reina del corazón de un hombre que la amaba sobre todas las cosas del mundo. Atrás quedaban las sombras y una nueva

vida comenzaba para los dos.

F I N